

El artículo "América" en la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert (primera parte)

IGNACIO DÍAZ DE LA SERNA*

Para Juan Araujo, feliz poseedor de la Enciclopedia

Sí. En el principio fue la *Enciclopedia*. La tierra era caos y confusión. Reinaba por doquier la oscuridad. Diderot y D'Alembert dijeron: "Haya luz" y las luces surgieron, separándose de las tinieblas. "Hagamos la *Enciclopedia*", dijeron poco después. Y la *Enciclopedia* nació.

El proyecto inicial consistía en realizar una traducción al francés de la *Cyclopædia or an Universal Dictionary of Arts and Sciences* de Ephraim Chambers que había aparecido en 1728, en dos volúmenes, y cuyos suplementos verían la luz hasta 1753. Esa enciclopedia era el fruto de muchos años de trabajo. Chambers había sido capaz de llevar a cabo solo esa empresa considerable. Los dos volúmenes fueron comercializados a través de una asociación integrada por los diecinueve mejores libreros de Londres. Se recurrió a la publicación de una lista de suscriptores eminentes, procedimiento que inauguró una nueva modalidad en el negocio de la venta de los libros. De hecho, la estrategia publicitaria había comenzado con una pomposa dedicatoria al rey Jorge II. Chambers obtuvo a cambio algunas recompensas: un lugar en la Royal Society y una tumba en la abadía de Westminster. Desde entonces, descansa en paz entre las glorias nacionales de Gran Bretaña.

Un sistema preciso de envíos y referencias cruzadas sirve, en la *Cyclopædia*, para desplegar la totalidad de los conocimientos humanos. Incluye 47 disciplinas, según estipula Chambers en el prefacio, que van desde la filosofía más abstracta hasta la tecnología más puntual. Ideológicamente, el autor expresa por momentos ciertas posturas derivadas de la Reforma, a veces cercanas al deísmo, pero sin la intención de condenar el catolicismo. La ciencia newtoniana inspira de principio a fin su obra; también da cabida a Descartes cuando es factible combinar sus ense-

* Investigador del CISAN, UNAM y coeditor en jefe de *Norteamérica. Revista académica*. <idiazser@gmail.com>.

ñanzas con las teorías de Newton. Uno de los grandes logros de la *Cyclopædia* es el entramado de conexiones lógicas que consigue establecer entre las ciencias, estructurando así un árbol del conocimiento que, no por ser deudor del árbol propuesto por Francis Bacon, se limita a ser una repetición de éste. Ese mismo entramado aparecerá nuevamente en la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, tejido con mayor precisión conceptual y con un alcance superior en sus horizontes.

Sin embargo, en la obra de Chambers hay artículos que resultan un tanto esquemáticos, demasiado pobres en su desarrollo. Más aún, hay áreas completas ignoradas. Un ejemplo es la agronomía. Como Diderot señalará, no sin razón, en su *Prospectus*: “Los artículos de Chambers están dispuestos con bastante regularidad, pero son vacíos; los nuestros son plenos, pero irregulares”. Otro rasgo de la *Cyclopædia*, sobre todo cuando se compara con la *Enciclopedia*, es el escaso número de ilustraciones. Abarca solamente temas como la ciencia de la heráldica, la historia natural, la geometría o la navegación. Esa pobreza hará que la *Enciclopedia* se proponga un plan increíblemente innovador para la época: elaborar una pedagogía fundada en la imagen, cuyo propósito es la difusión del conocimiento y de las ciencias.

Desde 1740, algunos libreros de París habían tenido la idea de hacer traducir la obra de Chambers y añadirle algunos suplementos. Finalmente, el librero André-François Le Breton obtuvo el privilegio de la Corona por un plazo de veinte años para llevar adelante dicho proyecto. Se anunció entonces la aparición de una *Enciclopedia o diccionario universal de las artes y de las ciencias*. Como puede constatarse, se trataba de una simple traducción del título original inglés de la obra de Chambers. Fue lanzada a la venta por suscripción. Los traductores designados fueron el alemán Gottfried Sellius y el inglés John Mills, ambos supuestos expertos en ese tipo de tarea. Le Breton se disputó con ellos, y en octubre de 1745 tuvo la iniciativa de crear, mediante contrato, una sociedad con tres libreros, también parisinos, Michel-Antoine David, Laurent Durand y Antoine Briasson. Una vez formado el equipo editorial, por acuerdo unánime, los tres confiaron la dirección del trabajo de redacción al abate Jean-Paul Gua de Malves, matemático de oficio, quien les hizo ver su suerte desde el comienzo. Esa elección fue un grave error. Por fortuna, Gua de Malves había recurrido a dos colaboradores; el primero, un ilustre académico de las ciencias, y el otro, un polígrafo versado en diversas disciplinas y que ya tenía experiencia en hacer compilaciones especializadas. Eran Jean le Rond d'Alembert y Denis Diderot.

Tras deshacerse de Gua de Malves, los tres libreros asociados encomendaron la responsabilidad de todas las tareas que acarreaban la traducción y publicación de la *Cyclopædia* a Diderot y D'Alembert.

En los expedientes que la policía de París llevaba minuciosamente de la mayoría de los hombres de letras que conocemos como *ilustrados*, un breve resumen de

1751, año cuando salió a la luz el primer tomo de la *Enciclopedia*, se refiere a los dos escritores en los siguientes términos: "D'Alembert. Descripción: hombre pequeño de fisonomía bastante común. Es un hombre encantador por su carácter y por su inteligencia. Destaca sobre todo en geometría". Diderot, por su lado, inquieta a la autoridad policiaca: "Diderot. Descripción: de estatura mediana y de fisonomía bastante decente. Es un joven culto y se jacta de su impiedad; muy peligroso".

D'Alembert poseía un conocimiento de las ciencias como técnico, pero no como *philosophe*. Ese vocablo tenía un significado preciso en Francia durante el siglo XVIII; designaba a una persona culta, descreída y proclive a la paradoja. D'Alembert se familiarizó con las nuevas ideas en boga frecuentando los mismos lugares que Diderot y sus amigos, Condillac o Rousseau. En aquel entonces, Diderot estaba interesado en las matemáticas y en la teoría musical, al igual que D'Alembert. Esos intereses compartidos sin duda los aproximaron. Más tarde, Condorcet comentará que a los dos los unía una sólida amistad. Por lo tanto, no es de extrañar que semejantes amigos resolvieran embarcarse juntos en la tarea de hacer realidad la *Enciclopedia*.¹

D'Alembert explica con claridad el proyecto de la *Enciclopedia* justamente en una parte del artículo "Diccionario". Se pregunta qué deben hacer los autores de un diccionario enciclopédico. Afirma que deben confeccionar, tal como ellos lo hacen, un cuadro general de los objetos principales de todos los conocimientos humanos. El propósito que persiguen es organizar un diccionario con características novedosas. Que sea universal en la información que proporcione y que sea razonado, es decir, crítico y lógicamente construido.

La noción misma de enciclopedia remite a la epistemología o a la filosofía de las ciencias. Por eso, Diderot y D'Alembert se refieren a la división de las ciencias según los principios del "árbol enciclopédico" o "sistema figurado de los conocimientos humanos" propuesto por Francis Bacon en su *Novum Organum scientiarum*. De hecho, Bacon era bastante conocido en Francia por las traducciones que hiciera de algunos de sus libros Alexandre Deleyre, quien colaboró con la *Enciclopedia*. En las páginas del *Discurso preliminar*, redactado por D'Alembert, Bacon no sólo es objeto de elogios, sino que surge como un pensador premonitorio, en el siglo XVII, de lo que encarnarán más tarde los enciclopedistas.

Autores como Buffon y otros contemporáneos suyos estaban realmente preocupados por la multiplicación de los conocimientos técnicos, multiplicación que parecía apuntar más hacia una simple acumulación parcelaria de saberes que a una genuina ciencia universal. En el primer discurso de su *Historia natural*, titulado "De

¹ El título completo es *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers (Enciclopedia o Diccionario razonado de las Ciencias, de las Artes y de los Oficios)*.

la manera de estudiar & tratar la Historia Natural”, que data de 1749, Buffon señala que en ese siglo, cuando las ciencias se cultivan con suma atención y esmero, resulta fácil darse cuenta de hasta qué punto la filosofía ha sido descuidada (Leclerc Buffon, 1774: 52). Por consiguiente, no sorprende que en el artículo “Elementos de las ciencias” de la *Enciclopedia*, D’Alembert establezca que nuestros conocimientos son susceptibles de ser catalogados en tres clases: la historia, las artes tanto liberales como mecánicas, y las ciencias propiamente dichas, las cuales “tienen como objeto las materias de puro razonamiento”. En otras palabras, la filosofía y las ciencias teóricas.

La *Enciclopedia* representó una tentativa sin precedentes de integrar el vastísimo campo de las ciencias en un sistema filosófico coherente. Semejante sistema ya existía en la *scientia generalis* de Leibniz, pero estaba fundado en una metafísica que sostenía que Dios era la garantía lógica del mundo. En el polo opuesto de esa concepción, el sistema de los enciclopedistas es estrictamente racional, alimentado por las numerosas convergencias de la ciencia empírica de estirpe lockeana y por la certeza de que ni el azar ni el fatalismo presiden el destino de las cosas. En medio de lo real, el Hombre se yergue como centro común después de haber destronado a Dios. Mientras que el universo se empecina en guardar silencio, la presencia del hombre vuelve significativa la existencia de todos los seres.

Es importante señalar que Diderot y D’Alembert concibieron su participación en la *Enciclopedia* en tanto que filósofos y no como matemáticos o conocedores de las artes técnicas. Para evitar malentendidos, desde el *Discurso preliminar* se sostiene que la filosofía consiste en la combinación y la comparación de las ideas que hemos recibido a través de los sentidos. Tarea peligrosa, sin duda, cuando la “combinación” y la “comparación” dejan a un lado el ámbito de las ideas para incursionar en el terreno de las instituciones políticas y de las creencias de los hombres. La audacia del proyecto de los enciclopedistas fue colosal. Surgida en un universo social radicalmente distinto al nuestro, donde las libertades que hoy juzgamos más elementales eran entonces inconcebibles, la inconformidad era un asunto que sólo podía ventilarse en el fuero interno de cada cual y no era del todo aconsejable hacerlo siquiera con amigos cercanos. Aun así, la *Enciclopedia* nunca pretendió enmascarar sus efectos “revolucionarios” en la sociedad de su tiempo y en el pensamiento de las Luces. Diseñada como una auténtica maquinaria de guerra, tenía la ambición y la esperanza de ilustrar a los hombres, liberándolos de sus ilusiones vanas, de sus supersticiones, de sus ideas preconcebidas, y permitirles tener acceso al conocimiento racional, siendo éste lo único que les proporcionaría una comprensión lúcida del mundo. Su máximo objetivo consistía en cambiar la manera común de pensar, tal como queda expuesto en el artículo “Enciclopedia”.

Diderot proclamó en más de una ocasión que había conseguido reunir alrededor del proyecto de la *Enciclopedia* al grupo más deslumbrante de los *philosophes*. No

era verdad. Es seguro que lo hiciera con una franca intención publicitaria. Por diversos motivos, los grandes nombres de la época, o los que pronto se harían ilustres, no colaboraron en ella; se desentendieron rápidamente del proyecto. En realidad, muy pocos permanecieron fieles hasta el final de su publicación. El caso más conocido es el de Rousseau. Después de haber entregado en el transcurso de dos años, de 1748 a 1749, firmados con la inicial "S", trescientos noventa artículos sobre música y, en especial, el célebre artículo "Economía política", se enfureció a propósito del artículo "Ginebra", incluido en el tomo VII, y nunca volvió a participar. Es bien sabido su distanciamiento, que creció a partir de entonces, con los que antes había mantenido algún lazo amistoso, hasta llegar a la furia desatada que rebosa su crítica de todos esos pensadores racionalistas, y de la que deja testimonio en sus *Confesiones* y en *Las ensoñaciones del paseante solitario*. Otras celebridades prometieron su colaboración, pero jamás cumplieron su palabra. Fontenelle, con la delicada cortesía que lo caracterizaba, rechazó la invitación. Buffon y Montesquieu hicieron lo mismo. En cuanto a Voltaire, viejo lobo de mar, dueño de una diplomacia inigualable, y cuya gloria, por otra parte, no necesitaba crecer siquiera un ápice, tenía escaso o nulo interés en participar en esa empresa de compilación, para colmo dirigida por un joven casi desconocido. Sin embargo, su simpatía por D'Alembert lo hizo aceptar. Él, que dominaba como ninguno el arte de ser incisivo en los temas más candentes, dando zarpazos letales cuando el asunto y la ocasión lo requerían, entregó poco más de cuarenta artículos sobre historia y sobre literatura, escritos visiblemente con prisa, sin gran despliegue de sus cualidades en el contenido. Cuando se comparan esos artículos con su monumental *Ensayo sobre las costumbres*, el desaliño con que fueron redactados es evidente. También salta a la vista la deferencia con la que fue tratado por los editores. Al final de cada uno de sus artículos, siendo un caso único entre el resto de los colaboradores, se precisa su autoría con la siguiente frase: *artículo redactado por M. de Voltaire*.

De otros autores con menor fama, aunque respetados por sus contemporáneos, hoy se reconoce la importancia de su aporte gracias a pacientes trabajos de investigación y reconstrucción histórica. Hubo varios académicos, es decir, miembros de diversas academias, aristócratas, representantes de la administración gubernamental y artistas. Sin lugar a dudas, el más emblemático de todos esos "segundones" fue Paul Thiry d'Holbach. De origen alemán, había heredado el título de barón, en Francia, de un tío suyo que tiempo atrás había emigrado y hecho fortuna en la corte de Luis XV. Hombre de mundo e inmensamente rico, mantuvo una amistad llena de complicidades intelectuales con Diderot hasta la muerte de este último. Poseía un amplio conocimiento de las técnicas empleadas en la extracción minera y sabía, como pocos, sobre metalurgia. Contribuyó con cuatrocientos artículos sobre dichos

temas. Algunos aparecieron bajo la protección del anonimato; otros, haciendo el barón un derroche de ironía, estaban firmados sólo con un guión bajo, así: “_”.

En múltiples testimonios de la época, se habla de la *coterie holbachique*,² un reducido grupo de pensadores, ateos consumados, que se reunían en casa del barón. Solían publicar, amparándose en pseudónimos, diatribas incendiarias contra la religión, la Iglesia y las órdenes religiosas. Su anticlericalismo era tan mordaz como el de Voltaire o tal vez más devastador. Entre algunos eminentes participantes de esa *coterie*, cabe mencionar a César Chesenau, *sieur* du Marsais, versado en un buen número de conocimientos especializados que no se restringían sólo al campo de la gramática y de la retórica; a Nicolas-Antoine Boulanger, ingeniero militar; y a Jacques-André Naigeon, quien sería, con el correr de los años, el albacea y editor de la obra de Diderot.

En cuanto a la profesión de ese anticlericalismo virulento, baste señalar, sin ir más lejos, que d’Holbach escribió algunos libros cuyos títulos son elocuentes: *El cristianismo develado o Examen de los principios & efectos de la religión cristiana*, *La teología portátil o Diccionario abreviado de la religión cristiana*, y *El contagio sagrado o Historia natural de la superstición*. En ellos pone de manifiesto la alianza que existe entre la tiranía ejercida por un modelo específico de gobierno, el monárquico, y la superstición religiosa que éste fomenta entre los individuos. A la religión, en particular a la cristiana, atribuye los peores vicios que perjudican a la sociedad, tales como la ignorancia, el debilitamiento de la voluntad, la sumisión a supuestos poderes extraterrenales y cualquier variante de superstición, pues paralizan el entendimiento de los hombres, impidiéndoles adueñarse de su destino al tiempo que los envilece.

Así, pues, queda aclarado que la mayoría de los colaboradores de la *Enciclopedia*, a diferencia de lo que pudiera suponerse, no fueron las grandes luminarias del Siglo de las Luces, sino modestos escritores, eso sí, con una competencia intelectual irreprochable, fruto muchas veces del ejercicio de una profesión. Marmontel, La Condamine, Saint-Lambert, Bouillet, Damilaville, Blondel, Turgot, Perronet y un larguísimo etcétera, se cuentan entre esos autores “de segunda línea” que fueron nutriendo poco a poco la *Enciclopedia* con sus artículos, muchos de ellos redactados en un estilo, o falta de estilo, que exigía la intervención del incansable Diderot. Cuando se veía obligado a hacerlo, de seguro aprovechaba la oportunidad para agregar algo de su cosecha. Más aún, resulta en verdad asombroso, tras una rápida ojeada por cualquiera de los volúmenes de la *Enciclopedia*, comprobar la increíble cantidad de artículos que Diderot escribió –en su doble papel, como autor y como editor– sobre una infinidad de temas; están marcados con un asterisco que precede al vocablo en turno. También son suyos los que carecen de firma.

² *Coterie* significa “camarilla”.

Las cifras finales dejan a cualquiera boquiabierto. La primera edición de la *Enciclopedia* tiene diecisiete volúmenes de artículos y once volúmenes de láminas con sus respectivas leyendas. La integran un total de 72 mil artículos; son obra de poco más de 140 autores. Las disciplinas que abarca son las principales en esa época: historia, geografía, astronomía, historia natural, gramática, medicina, química, música, botánica, teología, lógica, historia de las religiones, filosofía, mitología, fisiología, mineralogía, y de nuevo viene un larguísimo etcétera.

Aquí se ofrece el artículo "América", como el lector podrá comprobar a medida que lo recorra, porque está relacionado, desde múltiples ángulos, con los temas que conciernen a nuestra revista. Por otro lado, valga subrayar que representa una genuina contribución especial. Hasta donde sé, nunca antes ha sido traducido a nuestra lengua. De hecho, nada, o casi nada del corpus de la *Enciclopedia* ha sido publicado en español, ni en España ni en América Latina. Al igual que el *Pantagruel* de Rabelais o *El origen de las especies* de Darwin, la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert pertenece, no cabe duda, a ese género de obras que todo mundo cita en una charla de café, pero que nadie se toma la molestia de leer.

A continuación, comentaré algunas ideas presentes en el texto.

El artículo "América" no es, por cierto, el único de la *Enciclopedia* que trata acerca del continente americano y de la región de Norteamérica. Sin embargo, atrae poderosamente la atención, pues su discurso sintetiza en buena medida la manera en cómo los europeos consideraron a los habitantes de América, desde Canadá hasta la Patagonia, durante el siglo XVIII. Podría decirse, sin temor a exagerar, que constituye una especie de ventana abierta a un tiempo pasado, pero aún vivo para nosotros, modernos y posmodernos, porque es el momento clave de nuestra fundación. Y a través de esa ventana, nos es posible contemplar la idiosincrasia propia de las Luces.

La óptica que prevalece en él homologa a todos los pueblos americanos bajo un mismo rasero: salvajes fueron y salvajes siguen siendo. Poco falta para que a su autor se le ocurra sostener que, mientras esos pueblos continúen viviendo bajo el yugo de los españoles, salvajes también serán *per sæcula sæculorum*. Así, en él asistimos, de manera privilegiada, a la puesta en marcha de un procedimiento: cómo opera la mirada europea en la constitución del Otro. Sin embargo, sabemos bien que esa determinación histórica fundamental no discurre solamente en una dirección, desde el Centro hacia la Periferia. Quien habita con orgullo en el centro no puede prescindir, en ningún caso, del Otro, quien tarde o temprano termina situado allá, muy lejos, en las zonas abismales del mundo. El Yo central de esa polarización, aquel que se yergue como núcleo que valora o condena, debe por fuerza mantener con vida a su

antagónico, no por bondad, sino porque lo necesita, aun a pesar suyo. Lo conserva entonces a regañadientes. De no hacerlo, el civilizado ¿cómo podría saberse y declararse civilizado, cómo podría percatarse de su magnífica elevación hacia el pináculo del progreso, sin la mirada del Otro?

De esa necesidad surge la figura del Buen Salvaje, con toda su dosis de exotismo, que excita el imaginario del Siglo de las Luces. Las plumas de guacamayo ingresan entonces en la ópera. *Las Indias Galantes* de Rameau anuncian el minué con un sonoro tam-tam, distinto del que se oye en África. Tiépolo, a su vez, pinta a los nativos de nuestro continente con nariz regular, labios finos, rosados, piel color nácar y luciendo el espléndido empaque de un rey napolitano.

Pero el Buen Salvaje quizá no sea tan bueno. Tiene el horrible defecto de comerse a sus vecinos. Y a decir verdad, ese detalle es lo de menos. Cuando no tiene amoríos con su madre, se revuelca con su hermana. Caníbal y fornicador insaciable, es todo un angelito.

Si el tránsito desde la barbarie hasta la civilización ha tardado tanto en realizarse, siempre obstaculizado por la superstición y la estupidez, tal como lo enseñan los enciclopedistas, cuesta trabajo siquiera imaginar, para la mirada europea del siglo XVIII, a qué velocidad pudo suceder ese cambio cualitativo en América. La respuesta es obvia. Por supuesto, con una calma exasperante. En realidad, fuera de Europa, el progreso es inexistente. La Era Cuaternaria parece no tener fin, ya que en el resto del mundo, por desgracia, los hombres han permanecido ignorantes, estancados en los albores del tiempo. Por eso, no es de extrañar que la barbarie impere todavía en América. Dado que los habitantes de ese continente usan, en el mejor de los casos, hojas para cubrir sus “vergüenzas”, resulta lógico que desconozcan las bellas artes, que sean perezosos como los perezosos, que no beban vino, que no hablen francés, y que rosticen a sus congéneres en noches de luna llena.

Progreso es, conviene no olvidarlo, el arduo camino de la Humanidad que va desde el Taparrabo hasta la Máquina de Vapor.

Cuando el autor combate la idea de que América ha sido habitada sólo recientemente, idea que estima falsa, está luchando contra la antigua creencia que otorga al Viejo Testamento, en las fechas que proporciona y en los sucesos que consigna, exactitud indiscutible. Con el apoyo que brinda la historia natural, los fósiles demuestran ahora que la Tierra ha atravesado por numerosas edades geológicas. Su aparición no data de cuatro mil y pico de años antes de la era cristiana. Ha tenido, a las claras, un desarrollo. Los huesos fosilizados corroboran la hipótesis de que ya había animales en el continente americano con un extenso historial biológico. Además, salta a la vista que muchos de ellos son locales, exclusivos de América, pues no se puede emparentar al tapir o a la llama con ninguna de las especies que viven en

Europa. La ciencia contribuye así a deshacernos de especulaciones metafísicas y a expandir nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos.

El azoro ante la inmensidad de la naturaleza americana, sus dimensiones apabullantes, la desmesura de sus selvas, de sus llanuras, de sus montañas, es algo que todavía hoy los europeos experimentan a menudo. Cuando se conoce Europa, no es difícil entender por qué. Además, un universo de tal magnitud, sobra decir que se ofrece como un plato suculento. Lo que hay en él, lo hay en increíble abundancia.

En efecto, hay metales preciosos, plantas medicinales a tutiplén, animales nunca antes vistos ni imaginados, pero no hay tierra cultivada. Cuando el autor de "América" insiste machaconamente en que los naturales de ese continente ignoran el arte de la labranza, y a esa carencia se debe el retraso social y espiritual que padecen, en su afirmación retumba el eco de un credo económico generalizado durante la época. ¿Cuál? Quesnay, al frente de los fisiócratas, sostiene que la agricultura es la única fuente de riqueza. Divide a la sociedad en dos sectores, la producción agrícola y el resto. Distingue, además, tres clases. La primera, la clase productiva, está compuesta por granjeros, quienes son capaces de multiplicar los productos. A la segunda corresponden todos los individuos cuyo trabajo, diferente de la agricultura, transforma los productos, pero no los multiplica. La tercera es la de los terratenientes; su función no consiste en producir bien alguno, sino en gastar los ingresos derivados de la actividad productiva. La fisiocracia concibe a la nación en estos términos: el conjunto de las clases definidas por su función económica. Claro está, en dicho esquema, el que no ara y no cultiva vive igual que los animales, limitado a recoger frutos y semillas que caen de los árboles. Para fortuna suya, el nativo americano, cuando se tope con los europeos, tendrá la inmensa alegría de conocer por fin el hierro y, con él, los grilletes, las cadenas, y al Gran Señor Terrateniente, personificación excelsa del progreso.

Otro asunto que perturba bastante al autor de "América" es la diversidad de lenguas que abundan en ese continente. Perdón, corrijo. No son, para decirlo con justicia, lenguas ni idiomas, sino simples jerigonzas, todas ellas tan pobres, tan miserables, como los hombres que las hablan. Su comentario, y cito: "La pobreza de lenguaje, cuyo diccionario podría escribirse en una página [...]", no es casual. Si trasuda desdén, sólo lo hace en apariencia. El autor tiene excelentes motivos para afirmar semejante barrabasada. Cree a pie juntillas, al igual que la mayoría de sus contemporáneos, que la unidad política de toda nación requiere, entre otras cosas, una lengua única, una lengua nacional. Ella es condición indispensable para progresar.

Moraleja: América valdrá un camino mientras no tenga a su Molière.

Tampoco es casual que Platón salga mal parado. Atlántidas aparte, un pretendido filósofo que fantasea con ideas eternas, con un lugar tan estrambótico como el Topos Uranos, donde por cierto, nada se cultiva, es en verdad indigno de portar el nombre de “filósofo”. En algo, me parece, lleva razón el autor. Si tuviéramos que elegir entre la República platónica y la República que, por esos años, esboza Rousseau, ¿cuál escogeríamos? Seamos honestos. Aun a los *philosophes* les parecía delirante que la sociedad fuera gobernada por filósofos.

Y ya puestos a fantasear, resulta delicioso, desde la certidumbre que nos da el saber científico en este siglo nuestro, el doble error acerca del mamut. Suponer que se trata de un bicho que vive bajo tierra o que sus huesos son en realidad la osamenta de un gigante, tiene su gracia, como gracia tiene clasificarlo, por parte del autor, entre los seres mitológicos del Norte, es decir, dentro de la misma especie a la que pertenecen los renos voladores de Santa Claus.

“América” destila, en cada párrafo, el anticlericalismo que los enciclopedistas profesaron sin tapujos. Consideran que la Iglesia ha sido la causa principal de la superstición, de la ignorancia y, por ende, de la desdicha de los hombres. La Edad de la Penumbra, en la que han estado sumergidos durante tantos siglos, es obra suya, de nadie más. Entre las pocas cosas que comparten franceses e ingleses, a la par de esa postura anticlerical, se encuentra el sentimiento antihispanista furibundo que hizo su aparición a finales del siglo XVI. España, tengámoslo presente, es la Bestia Irracional de la leyenda negra. Baluarte del catolicismo, defensora a ultranza de Roma, cuna de los jesuitas, la nación española es sinónimo de intolerancia, de fanatismo religioso, de espíritu obtuso y confuso. Las Luces se llaman justamente así en contraposición a la Edad de la Penumbra. Para los franceses, España remite de inmediato a las mazmorras del Santo Oficio donde se tortura a los infieles que no creen en el cielo y en el infierno, probándoles de ese modo que sí existe el infierno y está sobre la tierra. También remite al auto de fe, ese ritual insólito de la Sinrazón.

Por lo tanto, a nadie debe escandalizar que los nativos americanos practiquen una versión rústica de esa ceremonia. De tal madre, tal hija. América es bárbara hasta el tuétano porque heredó la barbarie de España.

Corolario lógico, previsible, de tal anticlericalismo, es el menosprecio de todo enciclopedista por los curas.³ Dondequiera que atisban una sotana, aun a lo lejos, bufan y blasfeman. De ahí que el autor derribe a Bartolomé de las Casas, con un puntapié, del pedestal donde nosotros, americanos, lo tenemos colocado. Ese domi-

³ Lo curioso es que hubo dos, muy cercanos a ellos, que asistían con frecuencia a sus reuniones: el abate Mably y el abate Morellet, quienes pertenecían al clero secular por las prebendas que tal dignidad acarrea. No obstante, de cura tenían poco, realmente nada.

nico, o sea, perro de Dios, que escribió la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*,⁴ en cuyas páginas condenó la brutalidad de sus coterráneos, resolvió salir en defensa de los indios, haciendo gala de coraje. Con el corazón henchido de piedad cristiana, recomendó entonces a Carlos I de España que mejor sufrieran los negros para que no sufrieran los indios. Ahora bien, si los enciclopedistas y los negros fueron insensibles al grado de no entender la grandeza de ese gesto humanitario... Ojalá algún día puedan comprenderlo, aunque tarden mil años.

En cuanto a la confabulación orquestada por las Casas para convertirse en Gran Maese de una misteriosa orden que saquearía tesoros habidos y por haber, es primera noticia que tengo del asunto. Parece apasionante, pero confieso que me aburriría investigarlo.

Por último, haré ciertas precisiones.

Comparto sin reservas la opinión de Marguerite Yourcenar: traducir es siempre un ejercicio de reescritura. Por consiguiente, lo que entrego aquí dista de ser una mera traducción. Es una *versión* del texto "América", con todas las decisiones, arbitrarias y no arbitrarias, que ello implica. Sin traicionar jamás el sentido original, la versión de un texto, máxime cuando se trata de un texto literario, se esfuerza en presentarlo al lector como si hubiese sido escrito de entrada en la lengua a la que se ha traducido.

A diferencia del español del siglo XVIII, el cual nos resulta hoy un tanto alambicado y, a ratos, difícil de seguir, el francés de los enciclopedistas es sorprendentemente contemporáneo. No en balde el autor arremete contra Feijoo; constituye un ejemplo claro de lo que digo. Lo desprecia por cura y por prosista enrevesado. Salvo algunas expresiones idiomáticas peculiares de la época, así como algunas construcciones sintácticas caídas ya en desuso, la prosa de Diderot, de Voltaire, de Rousseau, de Condorcet, de Condillac es casi idéntica a la prosa de cualquier escritor francés actual. El caso de la *Enciclopedia* no es una excepción.

Pese a lo dicho, "América" no deja de ser un texto del siglo XVIII. Por eso decidí conservar algunos rasgos del original, y que son característicos de la época. Dan a la versión en español, me parece, una pátina discreta, apenas visible, un ligero tono de vetusto.

Debido a la enorme extensión del artículo, entrego aquí, por razones de espacio, sólo la primera parte. La segunda aparecerá en el próximo número.

⁴ Está incluida en Casas, 1974: 14-199.

En la primera edición de la *Enciclopedia*, “América” es muy breve. El artículo consta de tres párrafos; se limita a enumerar las regiones que la componen y las materias primas con valor comercial que se encuentran en su territorio. Nada, pues, que valga la pena. Por tal motivo utilicé la tercera edición, que data de 1778, cuyo artículo fue significativamente ampliado, y es el que aparece líneas más adelante. Está en el segundo tomo. La primera parte va desde la página 347 hasta la 364, y está firmada con las letras D.P.;⁵ la segunda, que lleva el subtítulo “Indagaciones geográficas & críticas sobre la posición de los sitios septentrionales de América”, abarca de la 364 a la 378, y la firma E.⁶

Basta de barullo. Aquí está, por fin, “América”.⁷

Ignacio Díaz de la Serna

⁵ Según la tabla de correspondencia entre iniciales y nombres, se trata de M. de Paw. Sin embargo, debido al huracán que había provocado la *Enciclopedia* desde la publicación de los dos primeros tomos, algunos de los nombres son inventados, ocultándose así la verdadera identidad del autor.

⁶ M. abad de la Chapelle.

⁷ La bibliografía sobre las Luces y sobre la *Enciclopedia* es, como el lector podrá imaginar, vastísima. Menciono tan sólo algunos libros útiles para quien esté interesado en ambos temas: Todorov, 2006; Dupront, 1996; Mousnier y Labrousse, 1984; Darnton, 1979; e ídem, 1985.

Algunos artículos de la *Enciclopedia* están disponibles, únicamente en la versión original, en la siguiente dirección: [<http://portail.atilf.fr/encyclopedie/>]

AMÉRICA (*Hist. & Geografía*).⁸ La historia del mundo no ofrece otro acontecimiento tan singular, a la mirada de los filósofos, que el descubrimiento del nuevo continente, el cual, con los mares que lo rodean, forma todo un hemisferio de nuestro planeta, del que los antiguos sólo conocían los ciento ochenta grados de longitud, que aun podrían reducirse, mediante una discusión rigurosa, a ciento treinta, pues tal es el error de Ptolomeo, quien hizo retroceder hasta ciento cuarenta y ocho grados, y más, la desembocadura oriental del Ganges, que gracias a las observaciones de los astrónomos modernos, se encuentra fijada en aproximadamente ciento ocho, lo que da, como puede verse, un exceso de cuarenta grados de longitud en Ptolomeo, quien no parece haber tenido noción alguna de la región más allá de lo que llamamos la *Cochinchina*, que es, por consiguiente, el término oriental del mundo conocido por los antiguos, así como el primer meridiano es el término de este mundo conocido en dirección al occidente.

Pretender que los Fenicios y los Cartagineses viajaron a *América* es una opinión realmente ridícula & tan poco fundada en monumentos históricos como todo lo que se ha dicho en nuestros días sobre supuestos viajes de navegación chinos hacia las playas de México. Sabemos, gracias a las investigaciones hechas en Pekín, que la obra en la que se ha creído hallar algunas huellas de esos viajes hacia las playas de México es una novela, al menos tan burda como las ficciones relatadas por Elien (*Hist. divers. lib. III*) a propósito de un país imaginario, repleto de oro, & que parecía concordar a la perfección con Perú, según varios hombres letrados, cuyo juicio era bastante estrecho. Sin importar lo que Vossius haya podido decir en sus comentarios sobre Méla, & M. Huet en su tratado sobre el comercio de los antiguos, donde cita los *anales de Ormus*, que nadie conoce, es seguro que los Chinos no efectuaron viajes extensos, & hacia 1430 no tenían idea de la isla Formosa que sólo se encuentra a dieciocho leguas de sus costas. Si hubieran tenido la costumbre de hacer viajes largos, su ignorancia en geografía no habría sido tan portentosa como lo es aún en la actualidad, al grado de que jamás han sido capaces de establecer el mapa de China; & cuando han deseado tener un mapa de China, han tenido que recurrir a los Europeos, cuyo trabajo conocemos, y que todavía se encuentra muy lejos de lo que la geografía positiva podría exigir con respecto a una región tan vasta de Asia.

Si acaso hubo un pueblo en Europa que haya efectivamente frecuentado algunas costas de *América* Septentrional antes de la época de los viajes de Colón & de Vesputio, fue el de los Islandeses & los Noruegos. Debido a que no se puede rechazar

⁸ La ficha completa de la edición que he consultado es *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, par une Société des Gens de Lettres. Mis en ordre par M. Diderot; et quant à la partie mathématique, par M. d'Alembert, 36 vols., troisième édition, à Genève, chez Jean-Léonard Pellet, Imprimeur de la République, à Neuchâtel, chez la Société Typographique, 1778.

que unos y otros hayan fundado establecimientos antes del siglo xv, es preciso considerarlos hoy como una parte del nuevo continente. Pero resulta esencial destacar aquí que nunca se habría llegado a descubrir el centro de *América* si no se hubiera encontrado otro camino distinto al de Groenlandia, donde el hielo impide internarse en tierra e impide que se navegue hacia el polo. Por otra parte, lo peligroso de esos parajes, el excesivo rigor del clima, la falta de cualquier animal para subsistir, & la poca esperanza de encontrar tesoros ahí, habrían bastado para desanimar a los navegantes más resueltos. Cristóbal Colón, por el contrario, descubrió en 1492 una ruta fácil; & cuando se le ve subir hasta los veinticinco grados de latitud norte para atrapar ese viento del este que reina comúnmente entre los trópicos, & seguir después casi en línea recta a la isla de Santo Domingo, uno estaría tentado de creer que él ya sabía de antemano sobre esa ruta. De igual manera, los Españoles, por una ingratitud verdaderamente monstruosa, pretendieron privar a ese gran hombre, que no nació en España, de la gloria de su descubrimiento, propagando en esa ocasión fábulas pueriles & contradictorias. La verdad es que Colón fue guiado por uno de sus hermanos, de nombre Bartolomé, quien era geógrafo; y al hacer mapamundis, como los que podían hacerse entonces, no dejaba de asombrarse que, de trescientos sesenta grados de longitud, sólo se conocieran a lo mucho ciento ochenta, de suerte que quedaba por descubrir del globo tanto como lo que se había descubierto; & como no le parecía probable que el Océano pudiera cubrir todo un hemisferio sin interrupción, sostuvo que, yendo desde las Canarias al oeste, se encontrarían islas o un continente. Y, en efecto, primero se encontraron islas y luego un continente, donde todo se hallaba en una desolación tan grande que nadie puede pensar en ella sin asombrarse.

No nos hemos propuesto aquí seguir las antiguas relaciones, en las que se une a la credulidad de un niño los delirios de un anciano. En esas relaciones todo es maravilloso & en nada se profundiza. Hay, pues, que esforzarse en ofrecer al lector nociones más claras & ideas más justas.

Entre los pueblos diseminados por selvas y soledades de ese mundo que se acababa de descubrir, no es posible nombrar más de dos que hayan formado una especie de sociedad política; son los Mexicanos y los Peruanos, cuya historia está todavía repleta de muchas fábulas.

En primer lugar, su población debió ser mucho menor de lo que se ha dicho, ya que carecían de instrumentos de hierro para desmontar las selvas y labrar la tierra. Ningún animal tenían capaz de halar una carreta, & aun la construcción de una carreta les era desconocida. Es fácil caer en la cuenta de que, cuando hay que arar con palas de madera & con la sola fuerza de los brazos, no se puede sacar mucho provecho de la tierra. Ahora bien, sin una agricultura regular en la que el trabajo de los

animales ayude al trabajo del hombre, ningún pueblo puede volverse numeroso en la región del mundo que sea. Lo más sorprendente es que, en el momento del descubrimiento, *América* no poseía casi ningún animal adecuado para la labranza. El buey & el caballo no existían, al igual que el asno, que fue utilizado antiguamente para el cultivo por algunas naciones de nuestro continente como Bética⁹ & Libia, donde la blandura de la tierra, dice Columelle (*de re rust. lib. VII*), hizo que ese animal pudiera sustituir el trabajo de los caballos & de los bueyes. Comúnmente se cree que el bisonte hubiera podido servir para arar, pero como el bisonte posee un carácter muy arisco, habría sido también necesario domarlo a través de una larga serie de generaciones para inspirarle, poco a poco, el gusto de la domesticidad. En *América*, a nadie siquiera se le ocurrió esto, donde los hombres eran, sin comparación, menos industriosos, menos inventivos que los habitantes de nuestro hemisferio; su indolencia & su pereza asombraron por encima de todo a los observadores más atentos & con mayores luces. A fin de cuentas, la estupidez que demuestran en ciertos casos es tal, que parecen vivir, siguiendo la expresión de M. de la Condamine, en una eterna infancia (*Viaje por el río de las Amazonas*).

Sin embargo, nada irregular ha sido notado en el aspecto exterior de sus miembros, si se exceptúa la falta casi absoluta de barba & de ese bozo que los individuos de ambos sexos deberían tener al final de la pubertad. Y no podría decirse si el germen de ese vello ha sido destruido o quitado de raíz, porque en edad muy avanzada, les crecen aquí y allá algunos pelillos que acostumar arrancar con unas pinzas de concha. Su estatura no difiere de la de otros hombres dispersos por las zonas templadas, pues más allá del círculo boreal, la tribu de los Esquimales o de los Inuit, aunque de raza Americana, sólo incluye sujetos muy pequeños, porque la acción extrema del frío se opone al desarrollo de los miembros. Acontece casi lo mismo en Groenlandia, la cual, se sabe, fue poblada primitivamente también por hordas de raza Americana; & la perfecta concordancia entre el lenguaje de los Groenlandeses y el de los Esquimales no deja lugar a duda alguna a este respecto.

Sólo un amor ciego por lo maravilloso pudo difundir fábulas tan repulsivas como son todas las que hablan de una especie gigantesca, encontrada en tierras Magallánicas, que hoy se acostumbra llamar la *Patagonia*. Los viajeros más sensatos, como Narbrough (*Voyage to the South Sea*), que lograron comunicarse con los Patagones, nos los representan de tamaño normal, viviendo en pequeños grupos en regiones inmensas, donde los Ingleses, quienes han atravesado esas regiones en toda su extensión, desde el Cabo Blanco hasta *Buenos-Aires*, no han visto una pulgada de terreno cultivado ni sombra alguna de labranza, de suerte que la dificultad para hallar

⁹ Nombre antiguo de la región de Andalucía, en España.

medios de subsistencia debió ser enorme antes de la época del descubrimiento & cuando los caballos aún no existían ahí, pues la carne de esos animales es casi la única que sirve para alimentar a los Patagones que ocupan las tierras centrales entre el río de la Plata y los cuarenta y cinco grados de latitud sur. Es tal el exceso de pereza en esos salvajes, que se comen los caballos con los cuales podrían roturar su desierto & terminar finalmente con ese tipo de vida miserable que los coloca apenas por encima del nivel de las bestias que actúan según su instinto.

No contaremos, como se ha hecho hasta hoy, entre las razas particulares & distintas, a esos Macilentos que se encuentran en número muy reducido sobre la Costa Rica & en el istmo de Darién (Warffer's *Descript. of the Isthmus of Amer. Coréal, & Voy. t. I*), ya que una enfermedad o una alteración accidental en el temperamento de los padres es lo que produce a esos individuos descoloridos, quienes, como sabemos, se asemejan mucho a los negros blancos o los Dondos de África & a los Kakerlakes de Asia. La indisposición de la que resultan todos esos síntomas, ataca más o menos a los pueblos negros o de tez muy oscura en los climas más tórridos del globo. Los Pigmeos, de los que se ha hablado en una relación traducida por M. Gomberville, de la Academia Francesa, los Himantópodos o salvajes que tienen la articulación de la rodilla doblada hacia adelante, los Espantolandeses que sólo tienen una pierna, deben ser catalogados, junto con las Amazonas & los habitantes de la ciudad de Oro del Manaos,¹⁰ entre las cosas absurdas que tantos viajeros se han atrevido a creer y que se han atrevido a escribir. Todos los hombres monstruosos que han sido vistos en el Nuevo Mundo eran monstruosos por artificio, como aquellos que tienen la cabeza perfectamente esférica, & que se denominan *cabezas de bola*; como los que la tienen aplastada, & que se llaman *plagiocéfalos*; como aquellos, en fin, que la tienen cónica o alargada, & que se llaman *macrocéfalos*. Entre los pueblos desnudos, en los que la moda no influye en la vestimenta, sí afecta al cuerpo mismo & produce todas esas deformidades que han sido observadas en los salvajes, de los cuales algunos se achican el cuello, se perforan la nariz, los labios, los pómulos, & otros se alargan las orejas o hacen que sus piernas se hinchen mediante una ligadura colocada arriba de los tobillos.

No se sabe, & siempre será difícil saber con precisión, cuál pudo haber sido la verdadera causa del mal venéreo que padecían tantos Americanos en las Antillas, en las islas Caribes, en Florida, en Perú & en gran parte de México. A este respecto se han aventurado muchas conjeturas ridículas por su rareza. Se ha pretendido que la carne de pescado embriagado con el cururuapé, & que la carne de la presa muerta con flechas envenenadas mediante un concentrado de la liana *woorara*, han producido ese contagio. Pero los antiguos pueblos salvajes de nuestro continente envene-

¹⁰ ¿Será Manaos?

naban, de hecho, sus armas de caza, sin que por ello haya resultado jamás el menor inconveniente tocante a su salud; & se ha comprobado por experiencia que el pescado que se adormece en los estanques con la *coccula orientalis officinarum*, & que los pollos que se matan en algunos cantones de los Alpes con ayuda de cuchillos frotados con jugo de anapelo, constituyen un alimento muy sano. Además, en la isla de Santo Domingo, donde el mal venéreo causaba muchos estragos, el uso de dardos envenenados no estaba en boga como entre los Caribes & entre diversas tribus de Tierra Firme. Tampoco es cierto que la mordedura de una serpiente o de un reptil del tipo de las iguanas, o que la carne humana comida por los antropófagos, ha engendrado ese veneno sifilítico en la sangre de los habitantes del Nuevo Mundo. La hipótesis de M. Astruc, tal como se expone en la última edición de su gran obra *De morbis veneris*, se aproxima bastante más a la verdad que las extrañas opiniones que acabamos de referir. No obstante, falta mucho para que esta hipótesis de M. Astruc sea en general adoptada. Diremos aquí que el mal venéreo pudo ser una afección morbífica del temperamento de los Americanos, como el escorbuto en las regiones del norte, ya que, después de todo, no hay que figurarse que esa indisposición produjo los mismos estragos en *América* como los que ocasionó en Europa tiempo después de haber sido trasplantado aquí.

La falta casi absoluta de cultivo, la inmensidad de las selvas, la inmensidad de las llanuras, las aguas de los ríos fuera de su cauce, los pantanos & los lagos multiplicados al infinito, & el amontonamiento de los insectos que es una consecuencia de todo lo anterior, volvieron el clima de *América* malsano en ciertos lugares, & mucho más frío de lo que debía ser en relación a la latitud propia de esas regiones. Se ha evaluado la diferencia de temperatura en los dos hemisferios, bajo los mismos paralelos, en doce grados, & aun podría evaluarse, gracias a un cálculo riguroso, en algunos grados más. Ahora bien, todas esas causas debieron influir en la constitución de los indígenas & producir alguna alteración en sus facultades. Por eso, solamente puede atribuirse a una falta de luces el escaso progreso que habían logrado en la metalurgia, la primera de las artes, & sin la cual todas las restantes caen en un letargo.

Bien es sabido que la naturaleza no negó a *América* las minas de hierro y, sin embargo, ningún pueblo de *América*, ni los Peruanos ni los Mexicanos, poseían el secreto de forjar ese metal, lo que los privaba de muchas comodidades, & los imposibilitaba para desmontar con regularidad la selva & mantener a los ríos en sus lechos. Sus hachas de piedra sólo podían hacer mella en el tronco de los árboles cuando le prendían fuego. De esa manera, podían llevarse todas las partes, reducidas al estado de carbón, e impedir que las llamas se pasaran al resto. Su proceder era casi el mismo cuando se trataba de construir barcas de una sola pieza o calderos de madera en los que luego cocían sus viandas arrojando dentro piedras al rojo vivo, pues todos los sal-

vajes estaban muy lejos de conocer el arte de modelar vasijas de barro. Cuanto más se apartaban esos métodos de la perfección, más tiempo exigían en la práctica. Por ello, se ha visto, en el sur de *América*, hombres ocupados durante meses en cortar tres árboles.

Por otro lado, se creará fácilmente que los pueblos más sedentarios, como los Mexicanos & los Peruanos, pese a la falta de hierro, adquirieron un grado de industria muy superior a los conocimientos en mecánica que poseían las tribus dispersas en grupos familiares, como los Worrans, en los que los hombres carecen de suficientes recursos, dice M. Bancroft, para procurarse la parte más indispensable de la vestimenta, & que sólo con la fibra que se encuentra en los cocos o con algunas cortezas de árboles cubren los órganos de la generación (*Naturegeschichte von Guiana*).

Al fin y al cabo, no hay que sorprenderse de que el Nuevo Mundo tuviera tan pocos habitantes en el momento de su descubrimiento, ya que la vida salvaje se opone a la multiplicación de la especie más allá de lo que puede imaginarse; & cuanto menos cultivan la tierra los salvajes, más terreno necesitan para vivir. En el norte de *América*, se han recorrido regiones de cuarenta leguas en todas direcciones sin hallar una cabaña, sin percibir el menor vestigio de vida. Se camina durante nueve o diez días en una misma dirección antes de topar con una pequeña horda, o mejor dicho, con una familia separada del resto de los humanos, no sólo por montañas y desiertos, sino también por su lengua distinta a todas las lenguas conocidas. Nada demuestra mejor la escasa comunicación que mantenían entre sí todos los Americanos en general, que ese número increíble de idiomas que hablan los salvajes de diferentes tribus. Aun en Perú, donde la vida social había logrado un leve progreso, se han encontrado, sin embargo, un gran número de lenguas relativamente incomprensibles o ininteligibles, & el emperador sólo podía dar órdenes a la mayoría de sus súbditos utilizando intérpretes. A este propósito, se observará que los antiguos Germanos, aun cuando estaban distribuidos en tribus muy distanciadas entre sí, hablaban, empero, una sola lengua materna; & antes del siglo de Augusto, al igual que hoy, uno puede hacerse entender en tudesco desde el centro de Bélgica hasta el Oder, mientras que en el Nuevo Mundo, dice Acosta, bastaba atravesar un valle para oír una nueva jerigonza (*De procur. Indorum salut*).

La escasez de población era quizás mayor en la parte más meridional de *América* que en el norte, donde las selvas habían invadido todo, de manera que la caza de gran tamaño podía extenderse allí y alimentarse, & alimentar a su vez a los cazadores, mientras que en tierras Magallánicas existen planicies de más de doscientas leguas en las que no se divisa monte alguno, sino únicamente arbustos, zarzas & grandes matas de mala hierba (*Beschrei von Patagonien.*), o bien porque la naturaleza de las aguas salobres o ácidas ahí descubiertas se oponen a la propagación de las

selvas, o porque la tierra contiene depósitos de grava & de sustancias pedregosas de las que las raíces de los árboles no pueden obtener alimento alguno.

En cuanto al resto, para formarse una idea de la desolación en el interior de esas regiones Magallánicas, bastará decir que los Ingleses convertidos en esclavos por los Patagones han viajado a menudo, siguiendo a sus amos bárbaros, durante dos semanas antes de hallar un conjunto de nueve o diez chozas cubiertas con piel de caballo. En la aldea que ha sido nombrada capital de la Patagonia, & donde reside el gran cacique, sólo se contaban en 1741 ochenta personas de los dos sexos (*Viaje realizado en el navío El Wagner*). Por otro lado, en la latitud meridional de las tierras bajas, de las cuales una parte es pantanosa & la otra está regularmente inundada todos los años, los ríos & torrentes, que no tienen una salida proporcional a su volumen de agua, se desbordan hasta distancias inmensas una vez que las lluvias comienzan en la zona tórrida. Desde sierra Itatin hasta el extremo de la misión de los Moxes, hacia los quince grados de latitud sur, se encuentran, en una extensión de más de trescientas leguas, esos pantanos o esas tierras donde las inundaciones obligan de vez en cuando a sus habitantes a huir a las montañas. Ahí también han sido vistos muy pocos pobladores, quienes hablan treinta y nueve lenguas, de las cuales ninguna tiene la menor relación con las otras (*Relación de la misión de los Moxes*).

Se pone en duda que la población de todo el Nuevo Mundo, en el momento del descubrimiento, llegara a cuarenta millones, lo que no representa siquiera una décima sexta parte de la totalidad de la especie humana, en el supuesto de los que conceden a nuestro globo ochocientos millones de individuos. Sin embargo, uno se imagina que el tamaño del nuevo continente es casi igual al del viejo. Pero resulta importante señalar que los cálculos de la superficie de América de Tempelmann, de Struyek y de varios más, en leguas cuadradas, no merecen mucha confianza, debido a que las cartas geográficas son todavía bastante inexactas para completar semejante operación, & ninguno pensaría que todos los mapas conocidos contienen un error de cerca de cien leguas, sólo en la longitud de algunas posiciones de México, si esa longitud no hubiera sido determinada hace poco gracias a un eclipse de luna. Resulta peor en cuanto a la tierra más allá de los Sioux & de los Assenipoils: se desconoce dónde comienzan esas tierras hacia el oeste & no se sabe dónde terminan hacia el norte.

M. de Buffon había ya observado que algunos autores españoles debieron permitirse no pocas exageraciones cuando reportan el número de hombres que se encontraron, según ellos, en Perú. Nada demuestra mejor que esos autores exageraron que lo que hemos dicho en relación con el escaso número de tierras cultivables en dicho país, donde Zárate mismo conviene que sólo existía un sitio que tuviera la forma de ciudad, & esa ciudad era, afirma, Cuzco (*Hist. de la conquista de Perú, lib. I, c. 9*). Además, desde el año de 1510, la Corte de España vio que, para remediar la redu-

cida población de las provincias entonces conquistadas en *América*, no había otro medio que llevar negros, cuya trata regular se inició en 1516 & costó sumas enormes. De hecho, se sospecha que cada Africano, desembarcado en la isla de Santo Domingo, costaba más de doscientos ducados o más de doscientos cequíes,¹¹ según el impuesto que los mercaderes de Génova ponían. Los Españoles mataron sin duda, contra su propio interés, un gran número de Americanos mediante el trabajo en las minas & mediante una depredación atroz, pero no es menos cierto que regiones donde jamás llegaron los Españoles, como los alrededores del lago Hudson, son aún más desiertas que otras regiones sometidas al yugo de los Castellanos.

Hoy nos damos cuenta cuál era la pasmosa diferencia, en el siglo xv, entre los dos hemisferios de nuestro globo. En uno, la vida civil apenas comenzaba. Se desconocían las letras; se ignoraba el nombre de las ciencias; faltaban la mayoría de los oficios; el cultivo de la tierra apenas había alcanzado el grado de merecer el nombre de agricultura, debido a que no había sido inventada la grada ni la carreta, ni se había domado animal alguno para halarla. La razón, única que puede dictar leyes equitativas, nunca había hecho oír su voz ahí. La sangre humana escurría por doquier en los altares, & los Mexicanos eran todavía, en cierto sentido, antropófagos, epíteto que debiera extenderse a los Peruanos, ya que, según confiesa Garcilaso, quien se abstuvo de calumniarlos, derramaban la sangre de los niños sobre el *cancu* o pan sagrado, si pudiera dársele tal nombre a esa pasta así petrificada que los fanáticos comían en una especie de templos para honrar a la divinidad que no conocían.

Por el contrario, en nuestro continente, las sociedades se habían formado desde hacía tanto tiempo, que su origen se pierde en la noche de los siglos; & el descubrimiento del hierro forjado, tan necesario & tan desconocido para los Americanos, tuvo lugar entre los habitantes de nuestro hemisferio desde tiempos inmemoriales. Aunque los procedimientos que se emplean para obtener la maleabilidad de un metal, tan reacio en su estado mineral, sean muy complicados, M. de Mairan ha demostrado, empero, que hay que considerar como fabulosa la época a la que se quiere remontar dicho descubrimiento (*Cartas sobre China*).

No podemos dedicarnos aquí a un análisis pormenorizado de los sistemas propuestos para explicar las causas de esa diferencia que acabamos de señalar entre las dos partes de un mismo globo. Es un secreto de la naturaleza, con el que el espíritu humano se confunde en la medida en que se empeña en querer desentrañarlo. No obstante, las vicisitudes físicas, los temblores de tierra, los volcanes, las inundaciones & ciertas catástrofes, de las que, nosotros que vivimos en medio de la calma de los elementos, no tenemos una idea muy clara, han podido influir en ello; & hoy sabe-

¹¹ Moneda árabe.

mos que las más violentas sacudidas de la tierra, las cuales se manifiestan algunas veces por toda la extensión del nuevo continente, no comunican movimiento alguno al nuestro. Si no fuera por los avisos particulares que se recibieron en distintos sitios, habríamos ignorado en Europa que el 4 de abril de 1768 toda la tierra de *América* se estremeció. De igual manera, ahí pudieron haber sucedido antiguamente desastres espantosos que los habitantes de nuestro hemisferio, lejos de experimentarlos, ni siquiera pudieron sospecharlos.

Por lo demás, no hay que pretender aplicar al Nuevo Mundo, siguiendo el ejemplo de algunos estudiosos, los prodigios que se encuentran en el *Timeo* & en el *Critias* a propósito de la Atlántida ahogada por una lluvia que sólo duró veinticuatro horas. El fondo de esta tradición provenía de Egipto, pero Platón la embelleció o desfiguró mediante gran cantidad de alegorías, de las cuales algunas son filosóficas & otras son pueriles, como la victoria de los Atenenses sobre los Atlantes, en una época en que Atenas aún no existía. Esos anacronismos surgen con tanta frecuencia en los escritos de Platón, que sin duda no les faltó razón a los Griegos mismos cuando lo acusaron de ignorar la cronología de su país (*At. lib. V, cap. 12 & 13*). La dificultad reside en saber si los Egipcios, que no navegaban, y que, en consecuencia, estuvieron de seguro muy poco versados en la geografía positiva, tuvieron alguna noción exacta acerca de una isla o de un continente situado más allá de las columnas de Hércules. Por tal motivo, es necesario admitir que eso no es probable; pero sus sacerdotes, al estudiar la cosmografía, pudieron suponer que había mayores porciones de tierra que se extendían en el Océano de las que ellos conocían. Cuanto más las desconocían por su falta absoluta de navegación, más resulta natural que hayan albergado esa sospecha, & sobre todo si pudiera demostrarse que, antes de la época en que se estableció la medida de la tierra, realizada en Egipto por Eratóstenes durante el gobierno de Evergetes, los sacerdotes tenían ya una idea del verdadero tamaño del globo. Sea como fuere, sus dudas o sus sospechas sobre la existencia de una gran tierra no estaban más relacionadas con *América* en particular que con todas las otras regiones que les eran desconocidas; & los límites del mundo antiguo, tal como los hemos establecido, permanecen invariablemente idénticos.

Que el cataclismo o la inundación de la Atlántida provocara que ya no fuera posible navegar en el mar más allá del Estrecho de Gibraltar, tal como lo pretende Platón, es un hecho desmentido por la experiencia desde el viaje de Hannón hasta nuestros días. Sin embargo, M. Gesner, cuya erudición es bien conocida, creía que la *Isla de Ceres*, referida por un poema muy antiguo y atribuido a Orfeo con el nombre de *Argonautina*, era un residuo de la Atlántida. Pero esa isla que se conoce por sus bosques de pinos &, sobre todo, por las nubes negras que la envuelven, no ha sido localizada en lugar alguno, de modo que tendría que haberse hundido después de

la expedición de los Argonautas, aun suponiendo, contra toda verosimilitud, o mejor, contra la posibilidad, que esos Argonautas hayan podido venir desde el Mar Negro hasta el Océano, conduciendo el navío *Argos* desde el Borístenes hasta el Vístula, para entrar luego en el Mediterráneo por las columnas de Hércules, como se cuenta al final de ese poema atribuido a Orfeo. De esto, podemos juzgar que lo maravilloso abunda en dicho poema, & que M. Gesner debió ser más incrédulo.

Si en algún sitio de nuestro Occidente se encuentran huellas de un continente transformado en una multitud de islas, es sin duda en el mar Pacífico,¹² & no repetiremos aquí lo que el presidente de Brosse relata en su obra, en la que trata de los viajes de navegación hacia las tierras australes.

En cuanto a aquellos que pretenden que los hombres sólo han llegado a *América* desde hace poco, franqueando el mar de Kamtschatka o el estrecho de Tchutzkoi, sobre témpanos o en botes, no se percatan de que esa opinión, por otro lado difícil de comprender, no disminuye en nada el prodigio, pues sería del todo sorprendente que una mitad de nuestro planeta hubiera permanecido sin habitantes durante miles de años, mientras que la otra mitad estuviera habitada. Lo que vuelve a esa opinión todavía menos probable es que *América* tenía ya animales, porque no se puede hacer provenir del Viejo Mundo las especies cuyos análogos no existen aquí, como el tapir, la llama, el tajakú. Tampoco es posible admitir una organización reciente del mundo animal para el hemisferio opuesto al nuestro, ya que, independientemente de las dificultades acumuladas en esa hipótesis, & que no sabríamos cómo resolver, señalaremos aquí que los huesos fosilizados descubiertos en tantos lugares de *América*, a tan poca profundidad, prueban que ciertos tipos de animales, lejos de existir desde hace poco, fueron aniquilados desde hace mucho tiempo. Es un hecho indubitable que, en el momento de la llegada de Cristóbal Colón, no había en las islas ni en provincia alguna del nuevo continente grandes cuadrúpedos; no existían el dromedario, el camello, la jirafa, el elefante, el rinoceronte, el caballo ni el hipopótamo. Así, los grandes huesos desenterrados en esa región pertenecieron a especies extintas o diezmadadas varios siglos antes de la época del descubrimiento, ya que ni siquiera alguna tradición que se refiriera a ellos subsistía entre los indígenas, quienes nunca oyeron hablar de cuadrúpedos de un tamaño mayor a los que se encontraron en 1492. Sin embargo, el molar, que había sido confiado a M. el abate Chappe, muerto en ese entonces en California, pesaba ocho libras, como se sabe por el extracto de una carta dirigida a la Academia de París por M. Alzate, quien asegura que aún se conserva en la actualidad, en México, un hueso de pata, cuya rótula tiene un pie de diámetro. Algunos hipopótamos, de los más grandes, como los que se encuentran en Abisinia & en

¹² Que el océano Pacífico forme parte de "nuestro Occidente", puntualizo, es un dislate del autor, no mío.

las riberas del Zaire, producen muelas, cuyo peso es de ocho libras, pero cabe poner en duda de que existan elefantes con patas que tengan una articulación tan prodigiosa como la que cita M. Alzate, cuyo relato parece no estar exento de exageración. Lo mismo hay que decir de las dimensiones que ofrece el padre Torrubia, en su pretendida *Gigantología*, de algunos fragmentos de esqueletos exhumados en *América*, y que hoy están repartidos en distintos gabinetes de Europa. M. Hunner, quien ha realizado un estudio particular en Inglaterra sobre la cuestión, cree que pertenecieron a animales carnívoros, & con ayuda de un gran aparato de anatomía comparada, dio cuenta de su opinión a la Real Sociedad de Londres (*Trans. Philos. en el año 1768*).

Pero si lo anterior fuera cierto, la naturaleza habría seguido en *América* un plan completamente opuesto al que siguió en nuestro continente, donde todos los cuadrúpedos terrestres de gran talla son herbívoros, no carnívoros. Es un error por parte de Prosper-Alpin & de M. Maillet haber creído que el hipopótamo comía carne. Se juzga que todo esto debió ser así a causa de la dificultad que habrán tenido los cuadrúpedos carnívoros para encontrar su subsistencia, & para encontrarla constantemente, mientras que los vegetales renacen, & con tal abundancia, que son más que suficientes para alimentar a los animales herbívoros de mayor tamaño. Se ha interrogado inútilmente a los salvajes que viven a orillas del Ohio para saber qué piensan del descubrimiento de las grandes osamentas hecho en la ribera de ese río en 1738. No aclararon más de lo que aclararon los habitantes de Siberia acerca del marfil fósil en su país, que unos consideran como restos de gigantes, & otros como los restos de un animal que vive bajo tierra, & que denominan *mamut*, individuo más digno de aparecer en la mitología del Norte que en las nomenclaturas de la Historia Natural. No obstante, M. Bertrand, quien ha recorrido como observador curioso Pensilvania & una parte de *América* Septentrional, asegura que algunos salvajes, tras haber visto conchas de ostra halladas en la cadena montañosa de los Montes Azules, que se prolonga desde Canadá hasta Carolina, dicen que no resulta sorprendente encontrar conchas en los alrededores de los Montes Azules porque saben que el mar los cubría antaño con sus aguas.

Este relato se funda en una tradición universalmente extendida entre los pueblos de *América*, desde el Estrecho de Magallanes hasta Canadá. Aseguran que antiguamente las tierras bajas de su continente estuvieron sumergidas, lo que obligó a sus ancestros a retirarse hacia las cimas. No sin asombro se lee en Acosta que, en su época, aún se veían en diferentes lugares huellas muy claras de esa inundación: *certè in novo orbe ingentis cujusdam exundationis non obscura monumenta à peritis notanrur* (*De Naturâ N. O.*).

Sea como fuere, no podría explicarse de otra manera por qué todas las tribus de *América* tenían tan poco comercio & relación entre ellas, como ha quedado demos-

trado por la multiplicidad de lenguas, más que admitiendo que su modo de vivir de la caza o de la pesca les impedía no sólo reunirse, si no que también los obligaba a alejarse unos de otros. Así, se ha visto que cuando tribus se acercan al grado de estorbarse en la caza, ello suscita guerras nacionales que únicamente finalizan con la destrucción o la retirada de la tribu más débil o la menos valiente. Puñados de hombres se disputan ahí desiertos inmensos, & los enemigos se encuentran a veces a más de cien leguas de distancia unos de otros. Pero cien leguas de distancia nada son para los cazadores que, al buscar una presa, o al perseguirla muy lejos, se cruzan siempre en algún sitio. La dificultad para fijar los límites, que ya es bastante grande entre las naciones sedentarias, es mucho mayor entre las hordas que vagan de selva en selva, & que pretenden, sin embargo, ser poseedores absolutos de los lugares que no hacen sino recorrer.

Los pueblos genuinamente pescadores o ictiófagos existen sólo en las partes más septentrionales del Nuevo Mundo, ya que, aunque en los trópicos se encuentran algunos salvajes que pescan mucho, plantan, a pesar de eso, algunos retoños de mandioca alrededor de sus chozas. Pero por todas partes en *América*, ese cultivo, al igual que el del maíz, es obra de las mujeres, & es sencillo descubrir la razón de ello: se cultiva poco, de suerte que esa labor no es vista como el más esencial de los trabajos. Se han descubierto, tanto en el sur como en el norte, muchos cazadores que nada cultivan, & que viven solamente de lo que cazan. Como tienen más suerte en ciertas épocas que en otras, sólo pueden conservar la carne ahumándola, porque las naciones dispersas en el centro del continente carecen del menor conocimiento de la sal. Pero casi todas las que viven en la zona tórrida, & aun en los extremos de las zonas templadas hacia el ecuador, hacen uso del pimiento-chile (*capsicum annuum*) o de otras hierbas igualmente picantes, & fue la naturaleza la que les enseñó todo eso.

Es preciso decir aquí que los médicos de Europa han estado, & todavía lo están, en su mayoría, equivocados a propósito de las especias. En los climas tórridos, su uso extendido & continuo es necesario para ayudar a la digestión & devolver a las vísceras el calor que pierden por una transpiración demasiado abundante. Así, los viajeros nos informan que los salvajes de la Guyana, quienes ponen tanto pimienta-chile en sus platillos que arrancan la piel de la lengua a los que nos están acostumbrados, gozan constantemente de una salud más férrea que otros pueblos de ese país, como los Acoquas & los Morous, que no pueden procurarse siempre una cantidad suficiente de chile. En Europa misma se ha visto ya cuánta necesidad tienen los Españoles de esa especia, quienes siembran campos enteros de ella, como nosotros sembramos centeno. En suma, se sabe que a medida que el calor del clima aumenta, se ha encontrado por toda Asia & África que el consumo de las especias aumenta en proporción directa a dicho calor.

Entre los pueblos cazadores del Nuevo Mundo, han sido descubiertos diferentes compuestos que acostumbramos llamar polvos nutritivos o alimentos condensados, reducidos expresamente a un pequeño volumen para poder transportarlos con facilidad cuando se trata de hacer algún recorrido por esos parajes solitarios donde la tierra, a menudo cubierta de nieve hasta una altura de dos o tres pies, no ofrece recurso alguno aparte de la caza, que no es segura, porque muchos animales se mantienen entonces dentro de sus madrigueras, que son lugares en ocasiones muy alejados de donde son buscados. Por lo demás, se ve gracias a las relaciones, & aun por algunos pasajes de la historia, que la mayoría de las naciones errantes de nuestro continente realizaron, o todavía realizan, prácticas semejantes. Los salvajes de Gran Bretaña fabricaban una de esas pastas con el *karemyle*, el cual se supone es el tubérculo del *magjon*, que la gente del campo llama *vesce sauvage*, aunque sea un *latyrus*. Al tragar una bolita de esa droga, los Bretones pueden prescindir de cualquier otro alimento durante todo un día (Dion, *in sever*). Algo parecido ocurre con el polvo verde que utilizan los salvajes diseminados a lo largo del río Jusquehanna, que muere en la bahía de Chesapeake; bastará decir aquí que esa materia se compone de maíz torrefacto que es la base, raíces de angélica & sal. Pero se supone que antes de que esos bárbaros tuvieran comunicación con las colonias de Europa, no empleaban sal, la cual no habría contribuido a aumentar la sazón.

En cuanto al método para procurarse fuego, era el mismo en toda la extensión del Nuevo Mundo, desde la Patagonia hasta Groenlandia. Se frotaban trozos de madera muy duros contra otros trozos muy secos, con tanta fuerza y durante tanto tiempo, que echaban chispas y se inflamaban. Es verdad que en algunas tribus, en el norte de California, se insertaba una especie de pivote en el agujero de una plancha muy gruesa, & mediante el frotamiento circular, se obtenía el mismo efecto al que acabamos de referirnos (Muller, *Reise und. entdek: von den Russen, t. I*). Parece ser que fue el solo instinto, o si se permite afirmararlo, la industria innata del hombre, lo que le enseñó esa práctica, de modo que, conforme a nuestra opinión, hay que colocar entre las fábulas lo que algunas relaciones cuentan acerca de los habitantes de las Marianas, de las Filipinas, de Las-Jordanas & de las Amicuanas, quienes ignoran, según se pretende, el secreto de hacer fuego. Y si se encuentran tales hechos entre los geógrafos de la Antigüedad, a propósito de ciertos pueblos de África, es preciso advertir que Mela pudo inspirarse en las memorias de Eudoxo, a quien Estrabón describe como un impostor que, para hacer creer que había doblado el cabo de Buena Esperanza, se dedicó a mentir sin cesar. Se ve por la historia de China, & sobre todo por el uso que todavía hoy subsiste entre los Kamtschatkandales, los Siberianos & aun entre los campesinos de Rusia, que el método para encender fuego mediante frotamiento debió de estar generalizado en nuestro continente antes del conocimiento

del acero & de las piritas. El calor que el hombre salvaje sintió en sus manos, cuando los frotaba, le enseñó todo eso.

Como había en *América* un gran número de pequeñas naciones, de las cuales unas estaban hundidas mucho antes que otras en la barbarie & en el olvido de todo lo que constituye al animal racional, resulta muy difícil distinguir bien las costumbres adoptadas sólo por algunas tribus particulares de los usos generalmente seguidos. Hay viajeros que creyeron que todos los salvajes del Nuevo Mundo no tenían la menor idea del incesto, al menos con respecto a la línea colateral, & que los hermanos se casaban continuamente con sus hermanas, o que se solazaban con ellas sin desposarlas, lo que hizo pensar a muchas personas que las facultades físicas & morales debieron alterarse en esos salvajes, porque se supone que existen hombres, al igual que los animales domésticos, que no se desarrollan por aparearse incestuosamente. Esto ha indicado, como se sabe, la necesidad de mezclar o de cruzar las razas para mantener su vigor & perpetuar su belleza. Por experimentos realizados desde hace poco en una sola especie, consta que la degeneración es mayor & más rápida por una serie de apareamientos en línea colateral que en línea descendente, & es un resultado que con seguridad no se esperaba. No obstante, siguiendo las *Cartas edificantes* & las relaciones de los P.P. Lafiteau & Gumilla (*Costumbres de los salvajes* & *Historia del Orinoco*), es cierto que hubo en *América* varias tribus en las que no se contraía matrimonio siquiera en tercer grado de parentesco, de modo que no podría decirse que las conjunciones que llamamos *ilícitas*, o lo que es lo mismo, *incestuosas*, hayan estado en boga entre ellas, como lo estaban sin duda entre los Caribes & entre muchos otros. Garcilaso también refiere (*Hist. de los Incas*) que los grandes caciques o los emperadores de Perú se casaban, por una singular poligamia, con sus hermanas & con sus primas a la vez. A decir verdad, añade (*página 68, tomo II*) que tal uso no se extendía al pueblo, pero ése es un hecho que nos parece imposible esclarecer, ya que, al fin y al cabo, no hay que tener una fe ciega en todo lo que se lee en Garcilaso con respecto a la legislación de los Peruanos. Por otra parte, reconoce que entre los pueblos de ese país, en los que la autoridad del gran cacique o del emperador no estaba bien consolidada, como entre los Antípodas, *se desconocía el matrimonio; cuando la naturaleza les inspiraba deseos, el azar les daba una mujer; tomaban las que encontraban, sus hijas, sus hermanas, sus madres, les era indiferente; no obstante, hacían una mayor excepción con esas últimas. En otro cantón, agrega, las madres guardaban a sus hijas con extremo cuidado, & cuando las entregaban en matrimonio, las desfloraban en público con sus propias manos para mostrar que habían estado bien resguardadas* (t. I, pág. 14).

Esta última costumbre, de ser cierta, podría parecer aún más sorprendente que el incesto, el cual debió estar efectivamente más en boga entre las hordas pequeñas, compuestas sólo por ciento treinta personas, tales como se observan todavía hoy en las selvas de *América*, que entre las tribus más numerosas, y sobre todo, si se piensa

en la multiplicidad de lenguas relativamente ininteligibles que impedían a esas hordas pequeñas encontrar una mujer entre sus vecinos.

Es preciso señalar aquí que sólo se trata de una mera suposición, de la que hemos dado cuenta, a propósito de la degeneración que los apareamientos incestuosos podrían ocasionar en la especie humana, como lo hacen en algunas especies animales. La verdad es que no estamos, y no lo estaremos pronto, lo bastante instruidos sobre un asunto tan importante para poder hablar de él con seguridad, pues no conviene citar aquí el ejemplo de algunos pueblos de la Antigüedad, sobre todo el ejemplo de los Egipcios, cuyas leyes, que creemos conocer mejor, son con frecuencia las más desconocidas para los Griegos, quienes, al escribir acerca de la historia de Egipto después de la muerte de Alejandro, pudieron confundir fácilmente las sanciones de un código extranjero, adoptado durante la dinastía de los Lagidas, con las sanciones del código nacional, en el que, nosotros, que hemos hecho de él un estudio particular, no hemos hallado alguna prueba convincente de la ley que se supone que existió ahí antes de la época de la conquista de los Macedonios. Pero una discusión más amplia a este respecto estaría aquí muy desplazada. Por lo demás, lo que prueba que no hay que razonar sobre la necesidad de cruzar razas cuando se trata de hombres, como cuando se trata de animales, es que los Circasianos & los Mingreleanos constituyen un pueblo que nunca se mezcla con otro, & en el que los grados de parentesco que impiden el matrimonio están muy poco extendidos. Sin embargo, su aspecto, como se sabe, es el más hermoso del mundo, al menos el de las mujeres, & los hombres están muy lejos de ser tan feos como lo sostiene, en sus *Viajes al Levante*, el caballero d'Arvieu, cuyo testimonio es completamente opuesto al de M. Chardin, quien estuvo en esos lugares, y el caballero d'Arvieu no. Asimismo, los Samoyedos, que no se mezclan con los Lapones ni con los Rusos, constituyen un pueblo muy enclenque & absolutamente imberbe, aunque sepamos, no cabe duda, por las observaciones de M. Klingstaed, que los Samoyedos jamás contraen matrimonio incestuoso, como se afirma en algunas relaciones, cuyos autores están muy mal informados.

Pueden existir en el clima de *América* causas específicas que hacen que ciertas especies animales sean más pequeñas que sus análogas, que viven en nuestro continente, como los lobos, los osos, los linceos o los servales, & algunos otros. También en la calidad del suelo, del aire, del alimento, es donde M. Kalm cree que hay que buscar la causa de la degeneración que ocurre entre el ganado, traído de Europa, en las colonias inglesas de Tierra Firme, desde el grado cuarenta de latitud hasta el extremo de Canadá (*Hist. nat. & civ. de Pensilvania*). Por lo que toca al hombre salvaje, la tosquedad de los alimentos & la escasa inclinación que tiene hacia el trabajo manual, lo vuelven menos robusto de lo que estaríamos tentados de creer, si no supiéramos que es principalmente la costumbre del trabajo lo que fortalece los músculos & nervios

del brazo, como la costumbre de cazar hace que los Americanos soporten largas caminatas; & esto es lo que, con probabilidad, condujo a M. Fourmont a llamar a esos pueblos "pueblos-corredores" (*Reflexiones críticas*), aunque corran o cacen sólo cuando la necesidad más apremiante los obliga a ello, puesto que, cuando tienen algunas provisiones de carne ahumada, permanecen día & noche acostados en sus cabañas, de las que sólo la necesidad puede forzarlos a salir, & hoy se sabe, gracias a un gran número de observaciones realizadas en distintas regiones, que todos los salvajes, en general, poseen semejante inclinación a la pereza, que ésa es una de las características que más los distingue de los pueblos civilizados. A este vicio vergonzoso aún habría que añadir una insaciable sed de licores espirituosos o fermentados, & entonces se tendrá una idea bastante precisa de todos los excesos de los que dichos bárbaros son capaces. Aquellos que creen que la falta extrema de moderación en el beber reina en exclusiva entre los pueblos situados en los climas fríos, se equivocan, pues se ve en todas las relaciones que, en los climas más fríos, al igual que en los climas más cálidos, los Americanos se emborrachan con el mismo furor en cuanto tienen la oportunidad, & casi nunca la tendrían si fueran menos perezosos. Pero como cultivan muy poco el maíz & la mandioca, les hace falta a menudo la materia prima de la que hay que extraer el licor. Por eso sabemos que el cauín, la piwaré, la chica, & otras bebidas artificiales de ese tipo, se obtienen, en su mayoría, de la harina de maíz & del cazabe. Entre las hordas que nada cultivan, como los Moxes, los Patagones & mil otras, se emplean raíces, frutos silvestres & aun las moras del espino, para darle sabor al agua & comunicarle una calidad embriagante, lo que resulta muy sencillo mediante la fermentación, que sucede por sí sola. Se tiene la sospecha de que el temperamento frío y flemático de los Americanos los conduce, más que a otros hombres, a esos excesos que podríamos llamar, con M. de Montesquieu, "una borrachera de nación". Sin embargo, los licores que ellos fabrican distan mucho de arruinar su salud tanto como el aguardiente que los Europeos les venden & que causa estragos tan grandes como la viruela, la cual los Europeos también llevaron al Nuevo Mundo, donde resulta sobre todo funesta entre los salvajes que van desnudos, porque su epidermis & su tejido mucoso, siempre expuestos a la intemperie, se espesan, & tapan aun los poros de la piel con colores, grasas & aceites, con los cuales se cubren el cuerpo completo para protegerse contra la picadura de los insectos, multiplicados más allá de la imaginación, en las selvas & sitios salvajes, & es la persecución que ahí se sufre por parte de tábanos & mosquitos lo que motivó la costumbre de fumar tabaco.

Las antiguas relaciones hablan a menudo de la vejez extrema a la que llegan los Americanos. Hoy sabemos que se han escabullido dentro de esos relatos burdas exageraciones que probablemente estimularon a ese impostor ridículo que vimos aparecer en Europa con el nombre de Hultazob, & que pretendió hacerse pasar por

un cacique Americano, con edad de quinientos años. Lo hemos señalado, & M. Bancroft observó lo mismo en la Guyana en 1766: es imposible conocer con exactitud la edad de los salvajes, porque unos carecen en absoluto de términos numéricos, & entre los otros, los términos numéricos apenas llegan hasta tres. No tienen memoria, ni nada de lo que sería necesario para sustituirla, & a falta de calendario, ignoran no sólo el día en que nacieron, sino aun el año de su nacimiento. En general, viven tanto como los otros hombres, al menos en las regiones septentrionales, pues en los trópicos, el calor, al excitar en el cuerpo una continua transpiración, abrevia el plazo o el ensueño de la vida. Lo que sí es verdad es que casi todas las mujeres Americanas paren sin dolor, & con una facilidad sorprendente, & es muy raro que mueran al dar a luz o como consecuencia del alumbramiento. Los historiadores afirman que antes de la llegada de Pizarro & de Almagro a Perú, jamás se había oído hablar ahí de las parteras. Todo esto ha hecho sospechar que ello se debe tan sólo a una configuración particular de los órganos, & quizás también a esa falta de sensibilidad que ha sido observada en los Americanos, & de la cual se encuentran ejemplos impresionantes entre los viajeros. Han transcurrido cerca de doscientos años antes de que conociéramos el método que emplean las salvajes para cortar el cordón umbilical de sus hijos. Es un gran error sostener que lo anudan &, aún más, añadir que ésa es una práctica indicada por la naturaleza a todas las naciones del mundo. No lo anudan en absoluto, sino que le aplican carbón ardiente; éste se lleva consigo una parte, & la otra se crispa al grado de ya no poder volver a abrirse. Ese método no es tal vez el peor de todos. Y si la naturaleza ha enseñado a este respecto algún procedimiento, es preciso admitir que resulta muy difícil distinguirlo de los que ella no ha enseñado.

Se han hallado entre los Americanos pocos individuos lisiados o contrahechos de nacimiento, porque han cometido, al igual que los Lacedemonios, la barbarie de matar a los niños que una organización corporal viciosa o una deformidad natural los imposibilita para poder procurarse alimento cazando o pescando. Por otro lado, como los salvajes carecen de artes, tampoco sufren las enfermedades de los artesanos, & no se dislocan los miembros al construir edificios o manejar máquinas. Los grandes trayectos que las mujeres embarazadas se ven obligadas a recorrer, las hacen en ocasiones abortar, pero es raro que la violencia del movimiento lise al feto. La carencia absoluta de cualquier especie de ganado doméstico &, en consecuencia, la falta de cualquier tipo de leche, hace que las Americanas amamanten a sus hijos durante largo tiempo, & cuando les nacen gemelos, inmolan al que les parece más débil. Costumbre monstruosa, aunque prevaleciente entre las pequeñas naciones errantes, en las que los hombres nunca se echan a cuestras un fardo que pueda impedirles cazar.

Nada hay más sorprendente que las observaciones que se encuentran en las memorias de varios viajeros concernientes a la estupidez de los niños Americanos que

se ha intentado instruir. Margrave asegura que (*Comment. ad Hist. Brasiliæ*), a medida que se aproximan al término de la adolescencia, los límites de su espíritu parecen encogerse. El triste estado al que, sabemos, se reducen los estudios en las colonias de América meridional, es decir, entre los Portugueses & Españoles, motiva a pensar que la ignorancia de los maestros ha sido más que suficiente para ocasionar la de los alumnos; pero tampoco se ha visto que los profesores de la Universidad de Cambridge, en Nueva Inglaterra, hayan formado algunos jóvenes Americanos, al punto de que puedan participar en el mundo literario. Diremos aquí entonces que, para constatar hasta dónde las facultades intelectuales están extendidas o limitadas entre los indígenas de América, habría que tomar a sus niños desde la cuna & seguir su educación con mucha dulzura & filosofía, ya que cuando esos niños han adquirido, después de un tiempo, las costumbres de sus padres, sean éstos bárbaros o salvajes, resulta muy difícil borrar de sus almas esas impresiones que son tan fuertes por ser las primeras. Por otra parte, no se trata de experimentar con dos o tres individuos, sino con un gran número de sujetos, puesto que en Europa misma, con tantos niños dedicados al estudio desde su más tierna infancia, se logra un número tan pequeño de hombres razonables & un número aún más reducido de hombres ilustrados. Sin embargo, ¿debemos contar, para los intentos a los que aquí nos referimos, con algunos comerciantes de América, con algunos aventureros guiados en todas sus acciones por la más poderosa de las avaricias? ¡Desafortunadamente, lo dudamos mucho!

Podríamos abstenernos de hablar acerca de los criollos, ya que su historia no está necesariamente vinculada con la de los naturales del nuevo continente. Si señaláramos, aun concediéndolo, que Thomas Gage & Coréal (o el viajero que utilizó ese nombre) exageraron en lo que narran sobre la imbecilidad, o mejor, el embrutecimiento de los Españoles nacidos en las Indias Occidentales (*Descrip. & Viaje a las Indias Occident*), no resulta menos cierto que, en general, se sospecha que los criollos han sufrido alguna alteración por la naturaleza del clima; & como eso es una desgracia, & no un crimen, el P. Feijoo debió haber usado mayor sentido común en lo que escribió para justificarlos, porque todo parece indicar que ni siquiera habría pensado en justificarlos si no hubiese creído que la gloria de la nación Española estaba interesada en ello. Ahora bien, éstos son prejuicios indignos de un filósofo, para quien la gloria de todas las naciones nada significa cuando se trata de la verdad. Los lectores, con algo de perspicacia, verán con facilidad que no es por envidia, ni por algún resentimiento particular contra los Españoles, lo que hemos destacado sobre la alteración ocurrida en el temperamento de sus criollos, ya que se ha dicho lo mismo de los otros Europeos establecidos en el norte de América, como puede uno percatarse al leer la historia de Pensilvania que ya tuvimos la oportunidad de mencionar. Si los criollos hubieran escrito obras capaces de inmortalizar su nombre en la República

de las Letras, no habrían necesitado la pluma & el estilo ampuloso de Jerónimo Feijoo para hacer su apología, que sólo ellos pueden & que sólo ellos deben hacer. Sin embargo, tiempo no les ha faltado, ya que Coréal, quien los describió, como ya dijimos, con trazos tan poco favorables, partió rumbo a América en 1666. Además, cuanto más se extienda el cultivo de la tierra hacia el interior del nuevo continente, secando los pantanos, desmontando las selvas, más cambiará al clima & se templará. Éste es un efecto necesario que se hace manifiesto año tras año; y para establecer con exactitud la fecha de la primera observación realizada a este respecto, diremos que, en la nueva edición de las *Indagaciones filosóficas sobre los Americanos*, se encuentra la copia de una carta donde consta que, desde el año 1677, ya se habían percatado de ese cambio de clima, al menos en las colonias Inglesas, adjudicándolo, con gran tenacidad, al trabajo & al mejoramiento de la tierra, por los cuales los salvajes tenían una preocupación casi nula. Esperaban todo de la naturaleza, & nada de su industria.

Se creyó, sin duda de manera equivocada, que la abundancia de caza, de pescado & de frutos silvestres, habían retrasado la vida civil en casi toda la extensión de América. En la punta septentrional de El Labrador, & a lo largo de la costa de la Bahía de Hudson, desde el puerto de Munck hasta el río Churchill, la esterilidad es extrema e increíble. Ahora bien, los pequeños grupos de hombres que, por lo menos, se han encontrado allí, son tan salvajes como los que deambulan en el centro de Brasil, de la Guyana, & a lo largo del Marañón & del Orinoco, donde hay más plantas alimenticias, más caza, más pescado, & donde el hielo jamás impide pescar en los ríos. Al contrario, parece que la posesión de un grano tan fácil para sembrar & tan fácil para reproducir como el maíz hubiera debido conducir a los Americanos, en muchas provincias, a renunciar a la vida ambulante & a la caza, las cuales vuelven al corazón del hombre duro & despiadado. No obstante, es completamente seguro que algunos de esos pueblos, que poseían granos de maíz, todavía estaban hundidos en la antropofagia, como los Caribes de Tierra Firme, que fueron vistos, en 1764, comiendo los cuerpos de negros cimarrones sublevados contra los Holandeses en las Berbices (*Naturgeschichte von Guiana*, § 161). Sabemos, empero, sin lugar a dudas, que esos bárbaros, a los que aquí se hace referencia, no sólo cultivan la mandioca, sino también el pisang (*musa paradisiaca*), y por desgracia, no son los únicos entre los Americanos que, sin estar forzados por especie alguna de carestía, han deshonorado sus mesas sirviendo ahí trozos de carne humana, asados en grandes palos de madera o hervidos en peroles.

Es casi seguro que algunos viajeros han exagerado el número de tribus antropófagas, pero no cabe duda de que éstas se han encontrado en el sur, en el norte & en los trópicos. Los Atac-Aspas de Luisiana, quienes se comieron en 1719 a un francés de nombre Charville, viven a más de ochocientas leguas del distrito de los Caribes, localizados entre los ríos Essecuebo & el Orinoco; & de ahí todavía hay que recorrer

un inmenso trecho para llegar hasta donde viven los Encavellados [sic] o los Peludos, quienes también asan a sus prisioneros, de manera que esa barbarie es común entre las naciones, las cuales no pudieron haber adoptado sus costumbres unas de otras ni haberse corrompido hasta ese punto por la fuerza del ejemplo.

En esa inmensa cantidad de detalles que nos proporcionan las relaciones sobre las costumbres religiosas de los Americanos, se han introducido falsedades, de las cuales algunas ya son perfectamente conocidas, & otras se conocerán a medida que los viajeros se vuelvan menos supersticiosos de lo que fue la mayoría de aquellos que han escrito hasta hoy sobre las distintas partes del Nuevo Mundo. Monjes & hombres que no merecen el título de filósofo, en cualquier sentido en que pueda entenderse esa palabra, se permitieron escribir cosas que las personas razonables se arrepintieron de leer. Aquí explicaremos solamente un hecho que bastará para juzgar otros muchos. Se ha asegurado que varios salvajes de las provincias meridionales adoraban a una calabaza. Ahora bien, en esto consiste esa adoración. Así como los pretendidos brujos de Laponia antes utilizaban un tambor que aporreaban para sacar al demonio cuando lo creían alojado en el cuerpo de un hombre enfermo que no habían podido curar con sus drogas ordinarias, así también algunos hechiceros de *América* emplean un calabacín al que le quitan la pulpa y rellenan luego con guijarros, de modo que cuando la sacuden, resulta un ruido que se oye desde muy lejos en la noche. Por lo tanto, es bastante natural que los salvajes que no están iniciados en sus rituales tengan miedo de ese instrumento. No se atreven a tocarlo ni a acercarse a él. A esto es a lo que se reduce la adoración de la calabaza.

Esos bárbaros han sido interrogados en vano sobre prácticas tan burdas & sobre otras que son aún infinitamente más supersticiosas. La pobreza de su lenguaje, cuyo diccionario podría escribirse en una página, les impide explicarse. Se sabe que los Peruanos, aunque reunidos en una especie de sociedad política, aún no habían inventado términos para hablar de los seres metafísicos ni de las cualidades morales que más deben distinguir al hombre del animal, como la justicia, la gratitud, la misericordia. Esas cualidades estaban entre las cosas que carecían de nombre. La virtud misma no tenía nombre en ese país, del cual se han contado tantas exageraciones.

Ahora bien, entre las pequeñas tribus ambulantes, la carencia de palabras es, sin comparación, todavía más grande, al grado de que toda clase de explicación en materia de moral & de metafísica es imposible. Si en este *Diccionario* hay un artículo en el que se trata sobre la teología & la filosofía de los Iroqueses, señalaremos aquí que, en cierto sentido, puede disculparse a su autor, ya que no ha hecho más que seguir a M. Brucker, quien ha dado lugar a todas esas fábulas por referirse a los Iroqueses en su gran *Historia de la Filosofía*, inmensa colección de errores & de verdades. Por muy

sabio que haya sido M. Brucker, no nos parece que se haya tomado la molestia de consultar sobre *América* a otro autor que La Hontan; y era precisamente a La Hontan a quien no había que consultar, ya que atribuye quién sabe a qué bárbaros de Canadá sus propias ideas, las cuales distan mucho de ser acertadas.

Se equivocan aquellos que piensan que entre los salvajes la religión es muy sencilla, muy pura, & que va corrompiéndose a medida que los pueblos se civilizan. La verdad es que los salvajes & los pueblos civilizados se hunden por igual en supersticiones crueles & espantosas cuando no los modera la sana razón; & si la profesión del mismo cristianismo no pudo impedir que los Españoles asesinaran a sus hermanos en honor del Eterno en la Plaza Mayor de Madrid, se ve cuán necesario resulta que el cristianismo, tan razonable, sea comprendido mejor. Ahora bien, sería tonto creer que existe mucha filosofía entre los salvajes, quienes también llevan a cabo, a su manera, autos de fe. Por desgracia, éstos se celebraban mucho entre los Antípodas, donde se encontraron grandes vasijas rellenas de tierra con cuerpos de niños disecados que habían sido inmolados a estatuas, & se les inmolaba de modo similar cada vez que los Antípodas celebraban actos de fe. En cuanto a los que se llaman, entre los salvajes de América, *boyés*, *samétyes*, *piays*, *angekottes*, *javas*, *tiharangui*, *autmons*, merecen más el nombre de médicos que el de sacerdotes sacrificantes, como se les ha designado a menudo. Es verdad que acompañan los remedios que sirven a los enfermos con prácticas extrañas, pero los creen adecuados para calmar, o para combatir, al principio malévolos al que parecen atribuir todos los trastornos que sufre el cuerpo humano.

En lugar de razonar de manera imbécil sobre la teología de esos pretendidos sacerdotes, mejor los hubiéramos invitado, mediante regalos & con gestos generosos, a facilitarnos las características de algunas plantas que usan mucho en sus medicamentos, pues sólo conocemos la mitad de los vegetales que algunos de esos Alexis¹³ llevan siempre consigo en pequeñas bolsas & que constituyen toda su farmacia. Pero los misioneros, quienes vieron en esos hechiceros de *América* sus rivales, los persiguen con encarnizamiento, & aun cuando hablan de ellos en sus relaciones, los colman de injurias que nos indignan tanto como la bárbara simpleza del estilo en que esas relaciones están escritas, & tanto como los prodigios manifiestamente falsos que en ellas se asientan por verídicos. Misioneros abundan en *América*, pero en raras ocasiones se han visto ahí a hombres ilustrados & caritativos interesarse en las desdichas de los salvajes & emplear algún medio para aliviarlas. Puede decirse que, de hecho, sólo los Cuáqueros se han establecido en el Nuevo Mundo sin cometer grandes injusticias ni acciones infames. En cuanto a los Españoles, si no tuviéramos in-

¹³ El autor alude al personaje de la *Segunda Égloga* de Virgilio.

formación, estaríamos tentados de creer que Las Casas quiso paliar sus crímenes volviéndolos absolutamente increíbles. Se atreve a decir, en un tratado titulado *De la destruccion de las Indias occidentales per los Castellanos* [sic], & que está incluido en la colección de sus obras impresas en Barcelona, que en cuarenta años sus compatriotas degollaron a cincuenta millones de Indios. Pero nosotros respondemos que es una burda exageración. Y por esto Las Casas exageró tanto: quería establecer en *América* una orden, mitad militar, mitad eclesiástica; después, quería ser el Gran Maestro de esa orden & hacer pagar a los Americanos un tributo gigantesco en plata. Para convencer a la Corte de la utilidad de ese proyecto, que sólo era útil para él, elevó el número de Indios degollados a cantidades exorbitantes.

La verdad es que los Españoles despedazaron a varios salvajes con ayuda de enormes lebreles & con una especie de perros dogos, traídos a Europa en tiempos de los Alanos. Más aún, hicieron que pereciera un gran número de esos desdichados en las minas & en la recolecta de perlas, & bajo el peso de equipajes que sólo se podían transportar en las espaldas de los hombres, porque a lo largo de toda la costa oriental del nuevo continente ninguna bestia de carga ni de tiro se encontró, & no fue sino en Perú que la llama fue vista. En fin, ejercieron mil géneros de crueldad sobre caciques & jefes de horda que, sospechaban, habían escondido oro & plata. No había disciplina alguna dentro de sus pequeñas tropas, compuestas por ladrones & comandadas por hombres dignos de la pena de muerte, & educados en su mayoría en la peor de las bajezas, pues es un hecho que Almagro & Pizarro no sabían leer ni escribir. Esos dos aventureros condujeron ciento setenta soldados de infantería, sesenta jinetes, algunos dogos, & un monje llamado La Valle Viridi, a quien después Almagro hizo matar a culatazos en la isla de Puna. Tal fue el ejército que marchó contra los Peruanos. En cuanto al que marchó contra los Mexicanos, bajo el mando de Cortés, contaba con la fuerza de quince jinetes & quinientos soldados de infantería a lo más.

Aunque no podemos formarnos una idea de todas las fechorías que esos setecientos treinta y nueve asesinos cometieron en Perú & en México, sí podemos formarnos una idea de los estragos hechos en la isla de Santo Domingo. Pero significa burlarse del mundo pretender que se hayan degollado a cincuenta millones de habitantes. Quienes dieron crédito a relatos tan extravagantes, sin duda no se les ocurrió pensar a qué equivale semejante cantidad de hombres. Toda Alemania, Holanda, los Países Bajos, Francia & España juntos, no tienen hoy, con exactitud, cincuenta millones de habitantes. Sin embargo, si se exceptúa el interior de España, la tierra en esos sitios está bastante bien cultivada, & ello gracias al trabajo combinado de los animales con el de los labriegos.

En *América*, nada estaba cultivado por el trabajo de los animales. Así, se ha visto gracias a los propios diarios de los Españoles, que ellos caminaron con frecuencia

en Perú, durante cinco o seis días, sin advertir una sola vivienda. En la expedición de La Canella no utilizaron las espadas, afirma Jurabe, más que para cortar los espinos & la maleza con el propósito de abrirse camino a través del más espantoso desierto que uno pueda imaginar. En el centro de Paraguay & de la Guyana, donde nunca penetraron los pequeños ejércitos Españoles, & donde, en consecuencia, no cometieron estrago alguno de los que se les imputan, primero se descubrieron solamente selvas, & luego todavía más selvas donde pequeñas tribus se encontraban a menudo distantes unas de otras a más de ciento cincuenta leguas. Se advierte, por todo lo que los jesuitas han publicado relativo al establecimiento de sus misiones, cuán difícil fue reunir a unos cuantos salvajes en regiones más extensas que Francia, & donde la tierra es mejor que en Perú & tan buena como en México.

Cuando uno desea tener una idea del estado en que se hallaba el Nuevo Mundo en el momento de su descubrimiento, hay que estudiar las relaciones & emplear una crítica juiciosa & severa para descartar las falsedades & los prodigios que pululan en ellas. Los compiladores, que carecen en absoluto de buen juicio, amontonan todo lo que encuentran en los diarios de los viajeros & componen al final novelas repugnantes, las cuales se han multiplicado demasiado en nuestros días, porque resulta más fácil escribir sin reflexionar que escribir reflexionando.

La falta de población de América & el escaso coraje de sus habitantes son las verdaderas causas de la rapidez con que las conquistas se llevaron a cabo ahí. La mitad de este mundo cayó en un instante, por así decirlo, bajo el yugo de la otra mitad. Los que pretenden que las armas de fuego fueron lo único que decidió la victoria, se equivocan, ya que jamás se pudo conquistar el centro de África con esas armas. Los antiguos Bátavos & los Germanos estaban en su mayoría desnudos. No tenían casco ni coraza; ni siquiera tenían suficiente hierro para colocar puntas a sus jabalinas. Sin embargo, esos hombres, apoyados por su valentía, combatieron a menudo contra soldados con corazas, cascos, y en fin, provistos de instrumentos tan letales como lo era el *pilum* de la infantería Romana. Por lo tanto, si América hubiera estado habitada por pueblos tan belicosos como esos Germanos & esos Bátavos, setecientos u ochocientos hombres no habrían conquistado dos imperios en un mes. No es menester afirmar que tropas auxiliares ayudaron a la cuadrilla de Pizarro, porque en la jornada de Caxamalca, los Españoles combatieron solos contra el ejército del emperador Atabalipa,¹⁴ & el suceso demostró que Pizarro no tenía necesidad de tropas auxiliares.

Es cierto que por una disposición local muy notable, todos los grandes ríos como la Plata, el Marañón, el Orinoco, y los ríos del norte, el Misisipi & el San Lorenzo,

¹⁴ Seguramente se trata de Atahualpa.

tienen sus desembocaduras en la costa oriental, por donde los Europeos deben navegar primero, de modo que, tras remontar esos ríos, penetran sin dificultad hasta el centro del continente. Pero México & Perú se encuentran, como se sabe, en la situación contraria, es decir, sobre la costa occidental, & sólo se pudo atacarlos con tropas ya cansadas por las caminatas que tenían que hacer en el interior de aquellas tierras.

Sea como fuere, el Nuevo Mundo estaba tan desierto que los Europeos habrían podido establecerse en él sin destruir pueblo alguno, & como hubieran proporcionado a los Americanos el hierro, las artes, los oficios, caballos, bueyes & ejemplares de todos los animales domésticos que les faltaban, eso habría servido de alguna manera como compensación por la tierra de la que se hubieran adueñado. Son conocidos los juriconsultos que han afirmado que los pueblos cazadores de *América* no eran verdaderamente poseedores de la tierra porque, siguiendo a Grocio & Lauterbach, no se adquiere la propiedad de un país cazando en él, cortando leña o sacando agua; sólo la demarcación precisa de límites & la intención de cultivar, o el cultivo de la tierra ya iniciado, es lo que funda la posesión.

Nosotros, por el contrario, pensamos que los pueblos cazadores de *América* tuvieron razón al sostener que eran ellos, como ya se dijo, los poseedores absolutos de la tierra, porque en su modo de existencia, la caza equivale al cultivo, & la construcción de sus cabañas es una razón contra la cual no se puede citar a Grocio, Lauterbach, Titius & todos los escritores políticos de Europa, sin caer en el ridículo. Es cierto que en los lugares donde había ya alguna especie de cultivo, la posesión estaba, indudablemente, aún más fundada en la legitimidad; de suerte que es inconcebible cómo pudo ocurrírsele al Papa Alejandro VI otorgar, por medio de una bula en el año de 1493, todo el continente & todas las islas de *América* al rey de España. Y, sin embargo, él sabía que no estaba dando países silvestres y deshabitados, ya que especifica, en su donación, las ciudades & castillos, *civitates & castra in perpetuum, tenore præsentium, donamus*. Bien puede decirse que ese acto fue ridículo. Sí; precisamente porque era ridículo, había que abstenerse de hacerlo, para no dar lugar a que personas timoratas creyeran que los soberanos pontífices contribuyeron, tanto como les fue posible, a todas las depredaciones & a todas las masacres que los Españoles cometieron en *América*, donde citan esa bula de Alejandro VI cada vez que apuñalan a un cacique & que invaden una provincia. La Corte de Roma debió revocar solemnemente ese *acto de donación*, al menos después de la muerte de Alejandro VI. Por desgracia, empero, nos parece que nunca pensó en llevar a cabo tal diligencia a favor de la religión.

Lo que resulta todavía más notable es que algunos teólogos sostuvieron, en el siglo XVI, que los Americanos no eran humanos. No fue tanto la falta de barba & la desnudez de los salvajes lo que los condujo a adoptar esa idea, sino las relaciones que llegaban a sus manos acerca de los antropófagos o los caníbales. Se advierte

todo ello con claridad en una carta de Lullus que ha llegado hasta nosotros. Los Indios occidentales, dice, sólo poseen del animal racional la máscara; apenas saben hablar & no conocen el honor, ni el pudor, ni la probidad. No existe animal feroz tan feroz como ellos. Se devoran entre sí, desgarran a sus enemigos en jirones, les chupan la sangre, & tienen siempre enemigos, porque la guerra entre ellos es sempiterna & su venganza no conoce límites. Los Españoles, quienes los frecuentan, añade Lullus, se vuelven insensiblemente tan perversos, tan malévolos, tan atroces, como ellos. O eso sucede a fuerza del ejemplo, o bien sucede por lo extremoso del clima: *Adeo corruptur illie mores, sivè id accidat exemplo incolarum, sivè cæli natura*. Pero, al parecer, el clima no influye para nada en todo esto, puesto que ya hemos observado que en los países más cálidos, a la altura del ecuador, & en los países más fríos, más allá de los cincuenta grados, se ha visto por igual bárbaros comer a sus prisioneros & festejar, mediante horribles canciones, la memoria de sus ancestros, quienes celebraban, como ellos, comidas similares. No es de extrañar que Lullus & los teólogos, a los que aquí nos referimos, hayan ignorado absolutamente que la antropofagia fue también muy común entre los antiguos salvajes de nuestro continente, ya que, cuando las ciencias no instruyen al hombre, cuando las leyes no detienen su mano ni su corazón, cae por doquier en los mismos excesos.

Pero repetiremos de nuevo, aproximándonos al final de este artículo, que siempre asombrará que no se haya tenido idea alguna de las ciencias en todo un hemisferio de nuestro globo en 1492, por lo que el espíritu humano tenía ahí un retraso de más de tres mil años. Aún hoy, no existe un solo pueblo Americano que sea libre & que piense en instruirse en las letras, porque no hay que hablar de los Indios de las misiones, pues todo demuestra que se ha hecho de ellos más bien esclavos fanáticos que hombres (D. P.).

BIBLIOGRAFÍA

CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS

1974 *Tratados I*, 1ª. reimp., México, Fondo de Cultura Económica.

DARNTON, ROBERT

1979 *The Business of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopédie 1775-1800*, Cambridge, Harvard University Press.

1985 *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Vintage Books.

DUPRONT, ALPHONSE

1996 *Qu'est-ce que les Lumières*, París, Gallimard.

Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers

1778 por una Société des Gens de Lettres. Dirigido por M. Diderot; y la parte matemática por M. d'Alembert, 36 vols., 3a ed., Génova, Jean-Léonard Pellet, Imprimeur de la République/Société Typographique.

LECLERC BUFFON, GEORGES LOUIS

1774 *Histoire naturelle générale et particulière, par M. de Buffon, Intendant du Jardin du Roi, de l'Académie Française, de celle des Science, &c.*, t. I, París, l'Imprimerie Royale.

MOUSNIER, ROLAND y ERNEST LABROUSSE

1984 *Le XVIII^e siècle. L'époque des Lumières 1715-1815*, París, Presses Universitaires de France.

TODOROV, TZVETAN

2006 *L'Esprit des Lumières*, París, Robert Laffont.

ENCYCLOPÉDIE,
OU
DICTIONNAIRE RAISONNÉ
DES SCIENCES,
DES ARTS ET DES MÉTIERS,
PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

MIS EN ORDRE ET PUBLIÉ PAR M. DIDEROT;
ET QUANT A LA PARTIE MATHÉMATIQUE, PAR M. D'ALEMBERT.

*Tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accendit honoris!* HORAT.

TROISIÈME ÉDITION.

TOME SECONDE.



A GENEVE,
Chez JEAN-LÉONARD PELLET, Imprimeur de la République.
A NEUFCHÂTEL,
Chez la SOCIÉTÉ TYPOGRAPHIQUE.

M. DCC. LXXVIII.

Portadilla del segundo tomo de la *Enciclopedia*, edición de 1778,
donde aparece el artículo "América"

A M E

mais *amenuiser* & *alléger* s'emploient quelquefois l'un pour l'autre. On *allégit* une poutre; on *amenuise* une voliche; on *aiguise* un poinçon. On *allégit* en diminuant un corps considérable sur toutes les faces; on en *amenuise* un petit en le diminuant davantage par une seule face; on *aiguise* par les extrémités.

* AMER, adj. qui désigne cette qualité dans les substances végétales & autres que nous reconnoissons au goût, quand elles excitent en nous par le moyen de ce sens, l'impression que nous fait principalement éprouver ou l'absynthe, ou la coloquinte; car il n'est pas possible de définir autrement les saveurs, qu'en les rapportant aux substances naturelles qui les excitent: d'où il s'ensuit que si les substances étoient dans un état de vicissitude perpétuelle, & que les choses ameres tendissent à cesser de l'être, & celles qui ne le font pas à le devenir, les expressions dont nous nous servons ne transmettroient à ceux qui viendroient long-temps après nous, aucune notion distincte, & qu'il n'y auroit point de remède à cet inconvénient.

Quoi qu'il en soit de la saveur, passons à l'action des amers. En général ils paroissent agir premièrement en augmentant le ressort des fibres des organes de la digestion qui sont relâchées & affoiblies; & secondement en succédant aux fonctions de la bile, quand elle est devenue trop languissante & peu propre aux services qu'elle doit rendre; d'où il s'ensuit encore que les amers corrigent le sang & les humeurs; qu'ils facilitent la digestion & l'assimilation des alimens; qu'ils fortifient les solides, & qu'ils les disposent à l'exercice qui convient de leur part, pour la conservation de la santé. V. AMERTUME.

* AMER DE BŒUF, c'est le fiel de cet animal; les teinturiers-dégraisseurs en font un grand usage pour enlever les taches des étoffes. Voy. DÉTACHEUR, DÉTACHER, DÉGRAISSEUR & DÉGRAISSER.

* AMERADE, f. m. C'étoit, chez les Sarrasins, la même chose qu'*émir* (voyez EMIR). La fonction des *amerades* répondoit à celle de nos gouverneurs de province.

AMÉRIQUE, (Hist. & Géographie.) L'histoire du monde n'offre point d'événement plus singulier aux yeux des philosophes, que la découverte du nouveau conti-

A M E 347

nent; qui, avec les mers qui l'environnent, forme tout un hémisphère de notre planète, dont les anciens ne connoissoient que cent quatre-vingts degrés de longitude, ce qu'on pourroit même, par une discussion rigoureuse, réduire à cent trente; car telle est l'erreur de Ptolémée, qui recule jusqu'à cent quarante-huit degrés & davantage l'embouchure orientale du Gange, qui, par les observations des astronomes modernes, se trouve fixée à environ cent huit; ce qui donne, comme l'on voit, un excès de quarante degrés de longitude dans Ptolémée, qui ne paroît avoir eu aucune notion sur le local, au-delà de ce que nous appelons la *Cochinchine*, qui est par conséquent le terme oriental du monde connu des anciens; comme notre premier méridien est le terme de ce monde connu vers l'occident.

Vouloir que les Phéniciens & les Carthaginois aient voyagé en *Amérique*, c'est une opinion réellement ridicule, & aussi peu fondée sur des monumens historiques, que tout ce qu'on a dit de nos jours des prétendues navigations des Chinois vers les plages du Mexique. Nous savons par les recherches faites à Pekin, que l'ouvrage dans lequel on avoit cru trouver quelques traces de ces navigations vers les plages du Mexique, est un roman pour le moins aussi grossier, que les fictions rapportées par Elien (*Hist. divers. lib. III.*) au sujet d'un pays imaginaire, tout rempli d'or, & qui a paru avoir la plus parfaite conformité avec le Pérou aux yeux de plusieurs savans, dont le jugement étoit très-borné. Quoi qu'ait pu en dire Vossius, dans ses commentaires sur Méla, & M. Huet, dans son traité du commerce des anciens, où il cite les *Annales d'Ormus*, que personne ne connoît, il est certain que les Chinois n'ont pas fait des voyages de long cours; & en 1430 ils n'avoient aucune notion sur l'île Formose qui n'est qu'à dix-huit lieues de leurs côtes. S'ils avoient été dans l'usage de faire des voyages de long cours, leur ignorance en géog. aphy. ne seroit pas aussi prodigieuse qu'elle l'est encore actuellement, au point qu'ils n'ont jamais été en état de lever la carte de la Chine; & quand ils ont voulu avoir une carte de la Chine, ils ont dû y employer des Européens, dont nous connoissons le travail, qui est en-

xciv

EXPLICATION des lettres & autres marques qui font à la tête ou à la fin de chaque article.

Tous ceux qui ont travaillé à cette Encyclopédie devant répondre des articles qu'ils ont revus ou composés, on a pris le parti de distinguer les articles de chacun par une lettre mise à la fin de l'article. Quelques circonstances, dont il est peu important d'instruire le public, ont empêché qu'on ne suivit dans l'ordre des lettres l'ordre Encyclopédique des matières: mais c'est un léger inconvénient. Il suffit que l'auteur de chaque article soit désigné de manière qu'on ne puisse pas s'y tromper.

Presque tous les articles qui n'ont point de lettres à la fin, ou qui ont une étoile au commencement, sont de M. Diderot: les premiers sont ceux qui lui appartiennent comme étant un des Auteurs de l'Encyclopédie; les seconds sont ceux qu'il a suppléés comme *Editeur*.

| | | | |
|--|------------|-----------------------------|---------------|
| M. l'abbé COURTÉPÉE, | (C) | M. L. CASTILLON, | (L. C.) |
| M. GOUSSIER | (D) | M. MALOUIN, | (M) |
| M. DE PAW, | (D. P.) | M. DE LA ROSIERE, | (M. D. L. R.) |
| M. l'abbé DE LA CHAPELLE, | (E) | M. MARET, | (M. M.) |
| M. ENGEL. Les articles concernant la | | M. MONTIGNY, | (M-Y) |
| Géographie, | (E) | M. DE VANDENESSE, | (N.) |
| M. DU MARSAIS, | (F) | M. D'ALEMBERT, | (O) |
| M. DE CASTILLON, fils, | (F. D. C.) | M. le Marquis DE CONDORCET, | (o) |
| M. l'abbé MALLET, | (G) | M. BLONDEL, | (P) |
| M. GRUNWALD, | (g) | M. LE BLOND, | (Q) |
| M. GASTÉLIER DE LA TOUR, (G. D. L. T.) | | M. LANDOIS, | (R) |
| M. TOUSSAINT, | (H) | M. J. J. ROUSSEAU, | (S) |
| M. le baron DE HALLER, | (H. D. G.) | M. LE ROY, | (T) |
| M. DAUBENTON, | (I) | M. TURPIN, | (T-N) |
| M. J. BERNOULLI, | (J. B.) | M. EIDOUS, | (V) |
| M. DE CASTILLON, pere, | (J. D. C.) | M. l'abbé YVON, | (X) |
| M. D'ARGENVILLE, | (K) | M. LOUIS, | (Y) |
| M. TARIN, | (L) | M. BELLIN, | (Z) |

Tous les articles terminés par d'autres lettres ou d'autres signes sont tirés des éditions étrangères de l'Encyclopédie.

La marque § en tête d'un article, annonce une addition ou correction faite à l'article qui se trouvoit dans l'édition de Paris.

Les lettres A. N. précèdent les articles nouveaux qui ne se trouvoient ni dans le Dictionnaire, ni dans les Supplémens.

Tabla de correspondencia entre iniciales y nombres de colaboradores que aparece en el primer tomo de la *Enciclopedia*

HISTOIRE NATURELLE, GÉNÉRALE ET PARTICULIÈRE.

*Par M. DE BUFFON, Intendant du Jardin
du Roi, de l'Académie Française, de celle des
Sciences, &c.*

Tome Premier.



A PARIS,
DE L'IMPRIMERIE ROYALE.

M. DCCLXXIV.



Portadilla del primer tomo de la *Historia Natural* de Buffon, edición de 1774